

# Programa de la Liga Spartakus y otros escritos

**Rosa Luxemburg**

Edicions internacionals Sedov

Núcleo en defensa  
del marxismo



Germinal

## ÍNDICE

<b>EN MEMORIA DEL PARTIDO “PROLETARIO”</b> .....	<b>3</b>
I.....	3
II.....	5
III.....	12
IV.....	18
V.....	24
VI.....	26
VII.....	30
<b>MILITARISMO, GUERRA Y CLASE OBRERA</b> .....	<b>34</b>
<b>LOS OBJETIVOS DE SPARTAKUS (PROGRAMA DE LA LIGA SPARTAKUS)</b> .....	<b>41</b>
I.....	41
II.....	42
III.....	43
<b>(Notas sobre la guerra, la cuestión nacional y la revolución)</b> .....	<b>48</b>

## EN MEMORIA DEL PARTIDO “PROLETARIO”

### I

Desde hace ya muchos años, el día del aniversario de la muerte heroica de Kunicki, Bardovski, Ossovski y Pietrusinski tienen lugar ante las tumbas de quienes cayeron por el socialismo internacional escaramuzas social-patriotas que lesionan la memoria de los fundadores del primer partido socialista de Polonia. Nos referimos a las solemnidades que, en especial en el extranjero, organiza el “Partido Socialista Polaco”. Su finalidad consiste en usurpar el pasado del movimiento obrero polaco en favor del nacionalismo que hoy se oculta bajo el manto del socialismo. Pensamos en los inoportunos homenajes de una tendencia política para cuyo programa y ética política la vida y la actividad de los caídos son completamente reprobables.

Hombres de una talla espiritual tan alta como aquellos cuatro, que fueron a la muerte por una idea con la cabeza tan alta y que muriendo no hicieron sino alentar y estimular a los amigos retraídos, no son, sin duda alguna, propiedad exclusiva de ningún partido, grupo o secta determinado. Pertenecen al panteón de la humanidad entera y todo aquel que ame, sea cual sea el contenido y la forma, la idea de la libertad, puede rendirles homenaje en tanto que espíritus cercanos y honrar su memoria. En el hecho, en particular, de que la juventud estudiantil polaca tome parte en gran número en las conmemoraciones en memoria del “Proletariado”, saludamos con sincera alegría un síntoma del idealismo y de las muy prometedoras tendencias revolucionarias que se extienden en los círculos de nuestra *intelligentsia*.

Nosotros no queremos ni monopolizar la memoria de los héroes del “Proletariado” ni luchar por ella guiados por un estrecho interés partidista, como si se tratase del cadáver de Patrocles.

Pero cuando la honra de la memoria de los ahorcados se convierte en un deporte maquinal y ruidoso, cuando se la reduce a una propaganda cualquiera, a etiqueta de un grupo político, mas todavía, cuando con estos bajos fines se manipulan y malinterpretan ante los ojos del pueblo las propias ideas y actos de los “Proletarios”, por los que pagaron con sus vidas, entonces sencillamente es un deber de aquellos que, en el espíritu de sus principios, son los herederos directos del “Proletariado”, protestar con energía. Nosotros no somos amigos de conmemoraciones anuales en memoria de las tradiciones revolucionarias que solo por su mecánica regularidad se convierten ya en algo cotidiano y como todo lo que es tradicional acaban siendo bastante banales. Pero somos de la opinión de que en la actualidad la mejor manera de honrar a los caídos el 28 de enero es demostrar que sus tumbas no son el mejor

lugar para convertirlas en escenario de cabriolas social-patriotas o de los ejercicios de los soldaditos de plomo del “levantamiento nacional”.

Por otra parte, las tradiciones del movimiento socialista de nuestro país son, desgraciadamente, tan poco conocidas para la actual generación de revolucionarios polacos, que, en nuestra opinión, es hora ya de refrescar el recuerdo de nuestras pasadas luchas, unas luchas que en la época actual pueden ser fuente fecunda de fortalecimiento moral y de enseñanzas políticas. Es el momento, ante todo, de mostrar la faz espiritual del primer partido socialista que contó con una fuerte organización y con influencia en Polonia, el “Proletariado”, y de mostrarlo, en base a su pensamiento y a su acción, a la luz de la verdad histórica.

Quien quiera entender y valorar correctamente las ideas políticas del partido “Proletariado” ha de partir de la premisa de que, por su programa, este partido no era homogéneo, de que su programa y su orientación estaban, más bien, influidas por dos elementos diferentes: por Occidente y por Rusia, por la teoría de Marx y por la praxis de la *Narodnaia Volia*.

Las condiciones sociales de la Polonia del Congreso durante los años ochenta constituían una base extremadamente favorable para el desarrollo de un movimiento obrero en el sentido europeo del término. El desarrollo de la industria tras el hundimiento del último levantamiento y después de la reforma de la tierra completaba el triunfo definitivo del capitalismo tanto en las ciudades como, en parte, también en el campo.

La teoría positivista del trabajo orgánico había barrido de la sociedad los últimos restos de la ideología aristocrático-nacional, sentado de este modo las bases de una dominación social e intelectual de la burguesía bajo una forma más pura que en cualquier otro país. El moderno antagonismo de clases, la situación económica y la importancia social del proletariado industrial afloraban con toda evidencia a la luz del día.

Las condiciones objetivas que son la base de la teoría marxista estaban así sobremanera dadas en la Polonia del Congreso y consiguientemente el “Proletariado”, con toda su justificación de su tendencia socialista, se situaba en el terreno del marxismo.

Esta idea se expresa consciente y claramente en el segundo capítulo del Llamamiento del Comité obrero del Partido social-revolucionario “Proletariado”, en 1882: “Nuestro país no constituye en el desarrollo general de la sociedad europea ninguna excepción: su constitución pasada y presente, fundada en la explotación y en la opresión, no ofrece a nuestros obreros sino la miseria y el envilecimiento. Nuestra sociedad muestra en el presente todos los rasgos de una constitución capitalista-burguesa, aun cuando la falta de libertad política le dé un aspecto demacrado y enfermizo. Sin embargo, eso no cambia el núcleo de la cuestión.”<sup>1</sup>

El socialismo tiene también aquí una base de clase, moderna: “Los intereses de los explotados no pueden conciliarse con los intereses de los explotadores. Explotados y explotadores no pueden marchar juntos en nombre de una ficticia unidad nacional. Si se toma en consideración, al mismo tiempo, que el interés del obrero de la ciudad y el de los trabajadores del campo son iguales, queda muy claro que: el proletariado polaco se distingue fundamentalmente de las clases privilegiadas y emprende en tanto que clase independiente la lucha contra ellas, cuyas tendencias económicas, políticas y morales son completamente distintas.”<sup>2</sup>

El “Llamamiento” delimita desde un principio el carácter de la lucha de clases socialista como puramente internacional y subraya que “las condiciones económicas son la base de las relaciones sociales; todos los demás fenómenos están por tanto subordinados a estas condiciones.”<sup>3</sup> Con esto el “Llamamiento” reconoce formalmente al materialismo histórico como base de su concepción del mundo.

En este sentido las concepciones del “Proletariado” trasplantan en todos los puntos de importancia las ideas del *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx y Engels a la realidad polaca.

<sup>1</sup> “Z pola walki”, Ginebra, edición “Walca klas”, 1886, p. 27.

<sup>2</sup> *Z pola walki*, Ginebra, edición *Walca klas*, 1886, p. 29.

<sup>3</sup> Lugar citado., p. 32.

Pero esta crítica general del capitalismo no fijaba el tipo de acción inmediata del partido, su programa político y su táctica. Entre el reconocimiento de las bases generales del socialismo científico y sus consecuencias de cara a la acción y a las tareas del partido, entre la teoría del *Manifiesto del Partido Comunista* y el programa directo y la praxis de la Socialdemocracia hay un verdadero abismo. No obstante, las concepciones políticas del “Proletariado” estaban influidas en gran medida por la *Narodnaia Volia* rusa.

Esta última organización estaba, desde todos los puntos de vista, marcada por unas condiciones sociales completamente diferentes. Había crecido sobre el suelo de una sociedad capitalista débilmente desarrollada en la que la vida social todavía estaba determinada fundamentalmente por la agricultura y por los restos de la antigua propiedad comunal rusa. La teoría socialista de la *Narodnaia Volia* no se apoyaba en el proletariado urbano, sino en propietarios (en la comuna campesina). No aspiraba a la realización y a la superación del capitalismo, sino a impedir este desarrollo. Buscaba triunfar no a través de la lucha de clases sino en base al intento de una valiente minoría por hacerse con el control del estado.

Si nos fijamos en el idealismo subjetivo que está en la base de la visión histórica de la *Narodnaia Volia*, llegaremos a la conclusión de que se trata de una teoría que se distingue en todos sus rasgos de los principios del “Proletariado”.

La *Narodnaia Volia* tampoco era algo completamente homogéneo; en algunos elementos suyos pueden comprobarse los efectos de algunos gérmenes de teoría marxista, así como de influencias occidentales. Tampoco es fácil de determinar el programa político de la *Narodnaia Volia*. Sólo después de una profunda reflexión y sobre la base del análisis de las publicaciones periódicas de este partido es posible llegar a una clara respuesta al interrogante de cómo hay que entender en verdad la acción política de la *Narodnaia Volia*. ¿Se proponía derribar la autocracia y convocar los Zemski Sobor para adoptar inmediatamente medidas de transición hacia el socialismo encaminadas sobre todo a fortalecer el sistema de la propiedad comunal en tanto que base futura de la sociedad socialista? ¿O quería primero imponer los derechos constitucionales normales? En su momento hubo también, como veremos, voces que interpretaban los objetivos de la *Narodnaia Volia* en este sentido. Indudablemente, si se quiere utilizar una etiqueta procedente de la historia del socialismo europeo-occidental, la que más se ajusta a la táctica política de la *Narodnaia Volia* es la de “blanquismo”, una táctica que se propone, por una parte, ganar la confianza de las masas populares y, por otra, la toma del poder por un partido de conspiradores, el cual para poderse apoyar en las masas realiza el programa socialista “aquello que se pueda hacer”. Es justamente esta apreciación la que hace la Socialdemocracia rusa de ella. En las publicaciones programáticas de ésta se contiene una extensa y exhaustiva crítica de la visión de la historia y de las teorías económicas de la *Narodnaia Volia*, así como de sus métodos políticos.

A la vista de unas concepciones tan enfrentadas parece, en principio, incomprensible la influencia de la *Narodnaia Volia* sobre el “Proletariado” y parece difícilmente practicable la síntesis en una sola cosa de elementos tan dispares. Mientras que en sus concepciones básicas el “Proletariado” se apoyaba en principios europeos en general, internacionales, la *Narodnaia Volia* era un producto puramente ruso, autóctono. Cómo y por qué a pesar de todo se llegó a la síntesis de estos dos elementos tan completamente dispares es el problema que hay que explicar. Y explicarlo correctamente es importante porque precisamente este problema jugó un papel decisivo en la historia y en el desenlace final del “Proletariado”.

## II

En la evolución espiritual de los fundadores del partido “Proletariado” pueden distinguirse tres fases, de las cuales la intermedia marcó con la máxima intensidad el programa. Esa evolución estuvo estrechamente vinculada a la actividad de la cabeza más esclarecida y del dirigente más influyente del socialismo polaco de la época, Ludwik Warynski. La primera fase duró aproximadamente hasta 1880. Es una fase en la que se desarrolla un proceso de fermentación política sobre todo entre los exiliados socialistas en Suiza. Su órgano de expresión era la *Równosc* (Igualdad), que se publicaba en Ginebra. La teoría del socialismo científico, tanto su economía como su crítica global de la sociedad burguesa, encontraba ya un reconocimiento parcial, pero sin embargo en cuanto a la aplicación práctica de la teoría, en cuanto al programa

de la actividad práctica, el punto de vista de la *Równosc* era completamente impreciso. Su programa era el llamado Programa de Bruselas, aparecido en el año 1878. En este programa, después de exponerse en los primeros cuatro puntos las bases económicas y sociales de la sociedad socialista, se anuncia que la realización de esos principios tendrá que ser la tarea de una “revolución general e internacional”. Sobre esta base, el programa se pronuncia con bastante imprecisión a favor de una “unión federativa con los socialistas de todos los países”. En relación con la actividad práctica el programa contiene únicamente la explicación bastante misteriosa de que “la base de nuestra actividad [es] la coincidencia moral de los medios con el fin a que aspiramos”. Se enumeran muy en general en tanto que “medios que contribuyen al desarrollo de nuestro partido” los siguientes: la organización de las fuerzas populares, la propaganda oral y escrita de los principios del socialismo y la agitación “es decir, protestas, manifestaciones y en general la lucha activa contra el orden social actual en el sentido de nuestros principios”. Al final se encuentra todavía la observación de que a la vista de la ineficacia de los medios de lucha legales, este programa sólo puede ser realizado “por medio de una revolución social”.<sup>4</sup> No hay en este programa reivindicaciones políticas ni en general reivindicaciones directas dirigidas a la acción inmediata. Por eso el grupo *Równosc* tampoco distingue en su programa las tres zonas de partición y dirige sus principios y su agitación tanto a Galitzia como a la zona de Poznan como a la Polonia del Congreso. Naturalmente, si los socialistas no plantean ningún programa de reivindicaciones inmediatas ajustadas a las condiciones dadas del país sino que aspiran sin precisar demasiado, mediante la “organización” de los trabajadores, directamente a la revolución social internacional, entonces está claro que carecen de importancia las diferencias en cuanto a condiciones político-estatales de las tres zonas de partición, sin que se plantee la necesidad de procedimientos diferentes. No sólo esto; es que además el programa de la *Równosc* podía aplicarse igualmente bien (o igualmente mal) a las tres zonas de partición de Polonia como a Inglaterra, Francia o Alemania. Las posiciones políticas del socialismo sólo quedaban claras, en aquella etapa, a un solo respecto: en cuanto al rechazo del nacionalismo, en la actitud estrictamente internacionalista. Bajo el título “Patriotismo y socialismo” leemos en un artículo editorial de *Równosc*: “¡De los partidos patrióticos sólo han quedado pequeños grupos que se mantienen firmes en la creencia de que de nuevo levantarán la bandera de la “libertad de la patria”, de que de nuevo otra vez se lanzarán a la lucha contra el enemigo y que entonces volverán a ver la patria tan querida por ellos! Respetemos todos los nobles sentimientos de estos hombres que ayer estaban dispuestos a darlo todo por su patria y que aún hoy están dispuestos a cualquier sacrificio. ¡Pero nosotros, socialistas polacos, no tenemos con ellos nada en común! Patriotismo y socialismo son dos ideas que de ningún modo pueden conciliarse.”<sup>5</sup>

“Lo que distingue a nuestra asamblea de hoy de tantas otras del pasado”, decía Ludwik Warynski en una asamblea en noviembre de 1880 en Ginebra, “es el modo de relacionarnos unos con otros, nosotros socialistas polacos y vosotros, camaradas rusos. No estamos en calidad de paladines del futuro estado polaco ante vosotros, súbditos oprimidos del estado ruso, sino como representantes y defensores del proletariado polaco ante vosotros, representantes del proletariado ruso.”<sup>6</sup> “Lejos estamos”, concluía Warynski, “de ideales federaciones eslavas en las que soñaba Bakunin. A nosotros nos dan igual estas o aquellas fronteras del estado polaco, esas fronteras por las que se apasionan nuestros patriotas. Nuestra patria es el mundo entero. No somos como los conspiradores de los años treinta que buscaban entre todos aumentar su número. No somos los luchadores del año 1863, a los que sólo unía el odio común contra el zarato y que dejaron su vida en el campo de la lucha nacional. No tenemos frente a nosotros naciones enemigas. Somos ciudadanos, miembros de una gran nación todavía más desgraciada que Polonia, la nación de los proletarios.”<sup>7</sup>

Y todavía más decididamente que su representante Warynski en la alocución citada, afirma por la misma época *Równosc* en un editorial: “Nosotros hemos roto de una vez por todas con el programa patriótico; no queremos ni una Polonia aristocrática ni una Polonia democrática; y no

<sup>4</sup> *Równosc*, año I, n.º 1, octubre de 1879.

<sup>5</sup> *Równosc*, año I, n.º 2, noviembre de 1879.

<sup>6</sup> Informe de la reunión internacional celebrada con ocasión del cincuenta aniversario del levantamiento de noviembre. Ginebra, 1881, p. 77.

<sup>7</sup> Lugar citado., p. 83.

sólo es que no lo queramos, sino que estamos firmemente convencidos de que la lucha por el restablecimiento de Polonia conducida por el pueblo es hoy una idea absurda.”<sup>8</sup>

Aparte esta actitud rigurosamente internacional, que en cualquier caso, en las condiciones particulares de nuestro país tenía un significado político más positivo que en otros países, el socialismo polaco de la época, que en general no tomaba en consideración la lucha política, delataba un parentesco inconsciente con el anarquismo. Hoy no nos es posible comprobar con exactitud hasta qué punto es correcto afirmar esto de los más o menos numerosos miembros del grupo *Równosc*. Pero a la vista de su rápido paso a posiciones políticas de mayor madurez puede suponerse que las inclinaciones anarquistas iniciales eran más bien un síntoma de la existencia de concepciones heterogéneas en el seno del grupo.

En cualquier caso, es característico en este sentido el punto de vista defendido en *Równosc* de que las condiciones político-estatales de cada país no son sino un obstáculo para las tendencias internacionales del socialismo. La fundación de partidos socialistas particulares, así como la lucha política que ha de corresponder a esas peculiares condiciones se consideran únicamente como un mal necesario: “Nuestro ideal sigue siendo la unión internacional y si las condiciones políticas particulares no pusiesen obstáculos en el camino de la constitución de una amplia organización internacional, si no absorbiesen una parte de las fuerzas socialistas en la lucha contra los gobiernos, entonces la base de una organización socialista general estaría constituida únicamente por las condiciones de orden económico.”<sup>9</sup> Lo que en el mejor de los casos puede concluirse de esto es que, por entonces, el vínculo orgánico existente entre las condiciones económicas y las instituciones estatales era, al menos para algunos dirigentes de *Równosc*, un completo misterio, lo mismo que esa teoría fundamental que afirma que toda lucha de clases es por naturaleza una lucha política. Esto concuerda perfectamente con el hecho de que *Równosc*, a pesar de aspirar al “ideal” de una unión internacional, no entendiéndose que el hundimiento de una organización de este tipo y la aparición de partidos obreros propios en cada país fue, en un determinado estadio del desarrollo de la lucha socialista, un fenómeno necesario y progresivo.

Pero, como ya hemos dicho, muy pronto tuvo lugar un giro en las actitudes programáticas de los socialistas polacos. Ya en el verano de 1881 vemos como se produce el paso a la segunda fase de clara formulación del programa bajo la influencia de Warynski. El programa de los trabajadores de Galitzia, aparecido en la primera entrega de la revista *Przedswit* [Aurora], nos muestra ya en toda su madurez las ideas del fundador del “Proletariado”. Ahora ya aparece con toda claridad el carácter político del programa.

De un lado, la actitud internacional y antinacionalista aparece con la misma decisión que en la fase anterior. Cuando el grupo de Warynski, en vez de seguir con una difusa propaganda del socialismo, pisa el suelo de la actividad práctica, es decir, de la lucha política, adquiere incluso su antinacionalismo un peso esencial en el cuadro global de las concepciones políticas del grupo y toma formas concretas y tangibles.

Si, por ejemplo, en la mencionada alocución de Warynski la solidaridad con los revolucionarios rusos y la actitud negativa frente al nacionalismo polaco parecen derivarse únicamente del carácter internacional del socialismo en tanto que meta final, cosa que corresponde todavía a las posiciones de *Równosc*, en *Przedswit* las mismas posiciones ya se basan claramente en los criterios dados por el programa mínimo, más exactamente: en la acción política de los socialistas.

Particularmente significativa, en este sentido, es la crítica de Warynski a la unión social-patriota “Lud Polski” (Pueblo polaco) que apareció en agosto de 1881 con una proclama programática.

Mientras que otros socialistas del grupo ginebrino, Brzezinski, Jablonski, Padlewski, se manifestaban contra la mencionada proclama, entre otras cosas porque “para nosotros las metas del socialismo no son metas lejanas y últimas (como para la proclama de “Lud Polski”), sino las únicas”,<sup>10</sup> es decir, mientras que otros socialistas del grupo todavía no eran del todo

<sup>8</sup> *Równosc*, año II, nº 1, noviembre de 1880.

<sup>9</sup> *Równosc*, año II, núms. 3 y 4, enero y febrero de 1881.

<sup>10</sup> *Przedswit*, año 1, núms. 3 y 4, octubre de 1881.

conscientes de la relación existente entre las metas finales y el programa político inmediato, Warynski escribía en las mismas fechas con sorprendente claridad: “En el programa de la proclama del “Lud Polski”, eso de lo que escribía hace poco no es algo casual; no es una simple inexactitud sino, al revés, está estrechamente relacionado con los puntos fundamentales de este programa el hecho de que, a diferencia de todos los programas de los partidos socialistas y en contradicción con las teorías del socialismo moderno, el programa coloque el problema de la liberación político-nacional en el mismo plano que la tarea general-humana de la liberación económico-social. Una coexistencia tal de problemas generales con problemas singulares, que están incluidos en los primeros, sólo es posible si los problemas particulares se plantean como objetivos inmediatos, en calidad de reivindicaciones mínimas. En cualquier otro caso, destacar problemas particulares como el de la supresión de la opresión político-nacional de los territorios polacos junto a la liberación social y económica es algo incomprensible. En otras palabras, demuestra que no se entiende que la liberación de la servidumbre económico-social significa al mismo tiempo la emancipación de cada uno y de todos los grupos de la opresión material y moral. Por eso yo considero la supresión de la opresión político-nacional tal como figura en el programa de la “Proclama” como un programa mínimo confusamente planteado y lo explico como tal.”

Después de desbaratar Warynski de este modo, con un par de palabras, el programa de liberación nacional como reivindicación equivalente a la meta final del socialismo, analiza el mismo postulado en tanto que tarea inmediata del proletariado: “Sin plantear por qué la unión “Lud Polski” formula confusamente este programa mínimo, sin plantear por qué no lo propone claramente en tanto que meta inmediata de sus esfuerzos, pienso yo que el establecimiento, claro o confuso, de un programa de este tipo para las tres zonas de partición, pero también para cada una de ellas en particular, es algo que daña las tareas que los socialistas han de tener a la vista en su actividad práctica.

El programa mínimo formulado por los socialistas parte de los presupuestos de la lucha cotidiana contra el capital. Su objetivo no es ningún “renacimiento nacional”, sino la ampliación de los derechos políticos del proletariado, la posibilidad de constituir organizaciones de masas para la lucha contra la burguesía en tanto que clase política y social.

Por la misma razón, el “Programa del partido obrero de Galitzia” no fue escrito solamente para el pueblo polaco, sino también para los diferentes grupos proletarios de las nacionalidades que en Galitzia se unen solidariamente en un solo partido. Este hecho ha de servir como respuesta para aquellos que experimentan el deseo de hablar de las peculiares condiciones de desarrollo de nuestra sociedad. Aconsejamos también a nuestros apóstoles socialistas reflexionar más a fondo sobre este hecho.

Es fácil predecir que también en Poznan el movimiento socialista seguirá el mismo camino que en Galitzia. También allí los trabajadores polacos se unirán con los alemanes en una sólida organización, condicionada no sólo por las condiciones externas, sino construida en cuanto a su contenido y a su naturaleza, sobre los principios de la solidaridad internacional... No dudamos de que también en la Polonia del Congreso habrá hombres que, entendiendo correctamente las tareas del socialismo y permaneciendo fieles a la causa del socialismo, contribuirán al desarrollo del movimiento socialista en el mismo sentido.”

Hemos reproducido esta larga cita porque constituye, para el lector que esté compenetrado con la evolución del pensamiento de las corrientes socialistas actuales, una típica profesión de fe de la Socialdemocracia.

Lo que distingue precisamente a la Socialdemocracia de las otras corrientes socialistas es, sobre todo, su concepción de la transición de la sociedad actual a la sociedad socialista. Con otras palabras: la concepción de la relación entre las tareas inmediatas y las metas finales del socialismo.

Desde el punto de vista de la Socialdemocracia, la cual basa sus concepciones en la teoría del socialismo científico, la transición al socialismo sólo puede ser el resultado de una (más o menos larga) fase de desarrollo. Desarrollo que no excluye, desde luego, que la transformación



definitiva de la sociedad en sentido socialista se produzca gracias a un movimiento político violento, es decir, lo que comúnmente se denomina una revolución. Pero una revolución tal, por su parte, es imposible si la sociedad burguesa no ha atravesado previamente determinadas fases de desarrollo.

Y esto tanto en lo concerniente al factor objetivo de la revolución socialista (la sociedad capitalista misma) como en lo que se refiere al factor subjetivo (la clase obrera).

Partiendo del principio del socialismo científico de que “la emancipación de la clase obrera sólo puede ser obra de la clase obrera misma”, la Socialdemocracia proclama que solamente la clase obrera como tal puede llevar a cabo la revolución con vistas a la transformación socialista. Por clase obrera entiende la Socialdemocracia la amplia masa de trabajadores en sentido propio, sobre todo el proletariado industrial. Condición previa de la transformación socialista es consiguientemente la conquista del poder político por la clase obrera y la instauración de la dictadura del proletariado, que es absolutamente necesaria para la ejecución de las medidas de transición.

Pero para estar a la altura de estas tareas, las masas obreras han de ser sobre todo conscientes de sus deberes y constituirse en masas organizadas según un principio de clase; por otra parte, para que sea posible la implantación de las instituciones socialistas, la sociedad burguesa ha de haber alcanzado previamente un cierto nivel de desarrollo tanto económico como político.

Estas dos premisas son recíprocamente dependientes y se influyen mutuamente. La clase obrera no puede conseguir organización y conciencia sin la presencia de determinadas condiciones políticas que permiten el desarrollo de una lucha de clases abierta, es decir, sin instituciones democráticas en el marco del estado. Y viceversa, la conquista de instituciones democráticas en el estado y su extensión a la clase obrera es, a partir de un determinado momento histórico, a partir de una determinada fase de la agudización del antagonismo de clases, imposible sin la lucha activa del proletariado consciente y organizado.

La solución de esta contradicción aparente en las tareas está en el proceso dialéctico de la lucha de clases del proletariado, el cual combate por la consecución de condiciones democráticas en el estado, organizándose al mismo tiempo, en el curso de la lucha, y adquiriendo conciencia de clase. Consiguiendo esa conciencia de clase y organizándose en el curso de la lucha, el proletariado promueve la democratización del estado burgués y en la medida que en que madura él mismo, hace que maduren las condiciones para una revolución socialista.

Sobre esta concepción se basan los principios elementales en los que se apoya la actividad práctica de la Socialdemocracia: la lucha socialista ha de ser una lucha de masas del proletariado, una lucha diaria por la democratización de las instituciones estatales y por la elevación del nivel material y espiritual de la clase obrera, así como, simultáneamente, por la organización de las masas obreras en tanto que partido político particular que enfrente a la sociedad burguesa en su conjunto, su lucha por la revolución socialista.

La apropiación y la aplicación de estos principios en el movimiento socialista polaco era un cometido doblemente importante y difícil. A diferencia de los países de Europa occidental, la situación de los socialistas en Polonia se complica, de un lado, por las tres clases de condiciones políticas distintas bajo las que vive el proletariado polaco. Esto afecta sobre todo a las condiciones políticas específicas a las que está sometida la parte más importante de Polonia (la zona de partición rusa). De otro lado, la situación de los socialistas en Polonia se complica por la cuestión nacional.

Este importante y difícil cometido fue resuelto por vez primera en la historia del movimiento obrero polaco, como lo ponía en claro la cita anteriormente aducida, por Ludwik Warynski quien articuló los principios socialdemócratas y las tareas inmediatas del socialismo con una claridad y conciencia que no encontramos en otros socialistas polacos ni anteriores ni contemporáneos suyos.

Por lo que se refiere a la cuestión nacional, Warynski rechaza el restablecimiento de Polonia con la misma decisión como ya lo había hecho el grupo *Równosc*. Pero situando la solución del problema en un plano distinto. Mientras que el grupo *Równosc* explicaba su actitud negativa frente a las tendencias nacionalistas en base a su contradicción con las metas internacionales del socialismo, así como a su indiferencia con respecto a las tareas políticas en general,<sup>11</sup> Warynski rechaza el programa nacional no en base a las metas finales del socialismo sino en base a las tareas inmediatas a realizar. Warynski enfrenta a la política de los nacionalistas la política de los obreros.

Dado que la meta de la acción diaria del proletariado es la organización y el esclarecimiento de la clase obrera (deduce Warynski), su programa político no puede consistir en derrocar o construir estados, sino en conseguir mediante la lucha y en ampliar los derechos políticos que son absolutamente necesarios para la organización de las masas en el seno de los estados burgueses en los que despliegan su actividad.

Warynski sienta para el proletariado polaco dos principios del programa político inspirado por la Socialdemocracia: primero, en tanto que punto de partida de la acción política, el reconocimiento de las condiciones históricas y estatales existentes en tanto que condiciones dadas; segundo, en tanto que meta de esa acción, la democratización de las condiciones políticas dadas.

Así, pues, si la conclusión negativa que se deducía de estos principios era el rechazo del programa de reconstrucción del estado polaco, las conclusiones positivas a extraer de ellos adoptaban la forma de un programa socialdemócrata, o más bien de tres programas, para el proletariado polaco. Porque si se considera que las condiciones político-estatales son determinantes a la hora de estipular las tareas del proletariado, entonces se llega a la conclusión de que es imposible establecer una acción y un programa político únicos para la clase obrera polaca en las tres zonas de partición y que, por el contrario, la acción y el programa político han de ser distintos en cada zona de partición, pero los mismos en cada una de ellas para todo el proletariado sin distinciones de nacionalidad. En relación con Galitzia y la zona de Poznan, Warynski se pronunciaba por este principio ya con la suficiente claridad y elocuencia en el artículo mencionado. En el caso de la zona de partición rusa, este principio fue invocado en un documento un poco posterior, documento que por lo demás es el fruto más maduro de las concepciones de Warynski y su grupo en aquella fase intermedia, en la época inmediatamente anterior a la organización formal del partido "Proletariado". Este documento era un llamamiento de un grupo de antiguos miembros de *Równosc* y de la redacción de la revista socialista *Przedswit* dirigido a los socialistas rusos, fechado el 8 de noviembre de 1881 y publicado en el número 6 y 7 de *Przedswit* del 1 de diciembre de 1881. El objetivo de ese llamamiento era convencer a los camaradas rusos para la elaboración de un programa político en común con los socialistas polacos, es decir, ese llamamiento suponía la consecuencia más resuelta que se extrajo de aquellos principios. No sólo la consecuencia, sino también el estilo de la justificación de la misma se distinguen, en el mencionado documento, por un énfasis y una claridad de ideas tan particulares y tan características de Warynski, que no nos parece excesivo reproducir aquí el párrafo final de llamamiento. El llamamiento, después de ofrecer un diagnóstico de la importancia de la lucha política en Rusia y de la decadencia histórica de la cuestión polaca, concluye con las siguientes palabras:

"Resumimos lo que hemos dicho hasta ahora:

a) El socialismo es entre nosotros, como por todas partes, un problema económico que nada tiene que ver con el problema nacional y que se manifiesta en la vida práctica como lucha de clases.

---

<sup>11</sup> Es característico, a este respecto, el siguiente fragmento del artículo de K. Dluski "Patriotismo y socialismo": "La idea de socialismo es más amplia y comprensiva que la de patriotismo. Se aparta del terreno de las relaciones políticas, en el que se sitúa el patriotismo, y reivindica, partiendo de bases económicas, una transformación de las relaciones sociales. Y considera las condiciones económicas sólo como telón de fondo ante el cual se agrupan todas las demás relaciones e intereses que atañen a la vida de las sociedades y de los individuos" (*Równosc*, año 1, nº 2, noviembre de 1879).

- b) Garantía del progreso de esta lucha y de la victoria futura del proletariado en la revolución social es el desarrollo máximo de la consciencia socialista de las masas obreras y su organización como clase sobre la base de sus intereses de clase.
- c) Para la realización de estos objetivos se precisa de libertad política, cuya falta plantea en Rusia enormes dificultades a la organización masiva de los trabajadores.”

Más adelante se dice en coincidencia con las resoluciones del antiguo grupo *Równosc*, adoptadas el año anterior tras una discusión con los camaradas rusos:

- “a) El carácter de la organización social-revolucionaria lo determinan exclusivamente los intereses económico-generales y las condiciones políticas,
- b) la organización del partido socialista puede construirse por una parte en base a las condiciones económicas y por otra parte en base a las condiciones político-estatales realmente existentes, por lo que las fronteras de las nacionalidades no pueden servir como base para la organización. En consecuencia,
- c) no puede existir como una unidad homogénea el Partido Socialista de Polonia. Lo único que puede existir son grupos socialistas polacos en Austria, Alemania y Rusia que formen en común con las organizaciones socialistas de las otras nacionalidades en los estados dados una unidad organizativa, lo que no excluye el establecimiento de vínculos entre ellas y con otras organizaciones socialistas.

Lo siguiente es para nosotros el hilo conductor:

- a) El éxito de la lucha terrorista por las libertades políticas en Rusia depende de la colaboración de las masas obreras de diversa nacionalidad solidariamente organizadas en el marco del estado ruso.
- b) La acentuación de la cuestión nacional-política polaca sólo puede perjudicar a la lucha por las libertades políticas en el marco del estado ruso; a consecuencia de esto, esa lucha no mede repercutir sino negativamente sobre los intereses de la clase obrera.

Si prestamos atención a lo dicho hasta ahora, llegamos a los siguientes resultados:

- I. Es absolutamente necesaria la organización de un partido socialista general que comprenda a las organizaciones socialistas de las diferentes nacionalidades del estado ruso.
- II. También es totalmente necesario que se produzca una fusión de las organizaciones que hasta ahora han luchado separadas en los campos económico y político, con el fin de proseguir la lucha con las fuerzas unificadas.
- III. Es indispensable la elaboración de un programa político común para todos los socialistas que actúan en el marco del estado ruso, un programa que responda, desde cualquier ángulo, a las exigencias que hemos planteado.”

Basta una ojeada al llamamiento citado para darse cuenta de que se trata de un documento de extraordinaria importancia para la historia del movimiento socialista en Polonia. Es, por otra parte, inequívoco que el llamamiento de diciembre de 1881 formula un programa socialdemócrata en alto grado y que coinciden plenamente con las concepciones de la actual “Socialdemocracia del Reino de Polonia y Lituania”.

Y esto no sólo en lo referente a los principios generales que proclaman la imposibilidad de un programa y de una organización comunes para los socialistas polacos de las tres zonas de partición y la necesidad indispensable de un programa común y de una organización común de los socialistas de cada una de las potencias titulares de las zonas de partición. No sólo en lo referente a la consecuencia negativa que de esto se deriva, es decir, el decidido rechazo a un programa de independencia de Polonia a que se procede aquí con el máximo énfasis. Es que hay más: el llamamiento de *Przedswit* y del antiguo grupo *Równosc* formula por vez primera en la historia del socialismo polaco un programa positivo de la Socialdemocracia para la zona de partición rusa: la lucha por la conquista de libertades políticas, es decir, de formas constitucionales en Rusia.

Pero esto no es todo. El lector atento se apercibirá que el llamamiento de Warynski y de sus camaradas presupone como evidente que los socialistas rusos se plantean las mismas tareas.

Y esto en la medida en que el llamamiento menciona claramente la actividad de la *Narodnaia Volia*, habla incluso sin reservas de la “lucha terrorista por las libertades políticas en Rusia” y ve en ese terrorismo del partido ruso simplemente una táctica en la lucha por el derrocamiento del zarismo y por el establecimiento de libertades democráticas en el sentido europeo.

Por lo demás, el llamamiento intenta justificar, desde el punto de vista socialdemócrata, todo lo posible esta táctica declarando que el terrorismo de la *Narodnaia Volia* sólo tendrá importancia política en tanto en cuanto se sustente sobre la acción consciente de la clase obrera organizada en todo el estado.

Sin duda alguna en la actualidad la Socialdemocracia, tanto polaca como rusa, no ve en el terrorismo la forma de lucha adecuada y capaz de conducir a las metas que se persiguen. La Socialdemocracia, enriquecida precisamente con las experiencias del “Proletariado” y de la *Narodnaia Volia*, entiende que es imposible conciliar el terror con la lucha de masas de la clase obrera y que más bien lo que hace es dificultar y entorpecer el desarrollo de ésta. Pero Warynski y sus camaradas no podían contar en 1881 con estas experiencias. Tenían, más bien, que creer en la adecuación y en la necesidad del terror en Rusia, al aparecer con su llamamiento justo en un momento en el que el partido terrorista ruso parecía estar en el apogeo de su fuerza y conmover las bases del zarismo. Por lo demás, encontramos justo los mismos puntos de vista en las principales publicaciones de la Socialdemocracia que criticaron los principios programáticos y tácticos de la *Narodnaia Volia*, cuatro años después de haber sido proclamados por Warynski.

Lo que llama la atención por tanto no es el reconocimiento del terror sino, más bien, el hecho de que el llamamiento de los socialistas polacos se esfuerce por darle al terror tanto metas socialdemócratas como también un amplio basamento en la lucha de clases.

Inmediatamente vamos a ver hasta qué punto era acorde con la realidad esta concepción de la Socialdemocracia rusa de entonces. Pero antes hay un aspecto de la cuestión que requiere nuestra atención. El hecho es que el grupo de Warynski llegó por la vía del desarrollo programático a posiciones puramente socialdemócratas, que basaba en estas posiciones el principio básico de la unidad de acción y de la unidad de programa con los socialistas rusos. Este momento es el punto culminante en la evolución de los fundadores del “Proletariado” y constituye, al mismo tiempo, un giro en su historia. Una vez extraídas las últimas consecuencias políticas, Warynski y sus camaradas pasan a su aplicación en la praxis, a la organización formal del partido “Proletariado” en su patria. Con ello daba comienzo la tercera y última fase de su evolución.

### III

El documento citado más arriba, el llamamiento a los camaradas rusos, nos muestra que los socialistas polacos habían llegado, a finales de 1881, a abrazar posiciones socialdemócratas en dos puntos importantes: primero por el principio general de que el programa político del proletariado polaco ha de ser común con el programa del proletariado de las potencias titulares de la partición; segundo, por el reconocimiento de que en la zona de partición rusa este programa debía comprender el derrocamiento de la autocracia y la lucha por las libertades políticas, es decir, por formas de gobierno democrático-parlamentarias. Aun cuando estas conclusiones eran coherentes y se completaban lógicamente, cuando los socialistas polacos pasaron al intento de aplicarlas en la praxis, apareció una contradicción entre ellas. El principio socialdemócrata general les impulsaba al establecimiento de la unidad de programa y de acción con los socialistas rusos. Pero el socialismo ruso de entonces no era Socialdemocracia. El grupo de Warynski planteaba como programa común la lucha por la constitución, pero éste no era en realidad el programa de la *Narodnaia Volia*. Los socialistas rusos consideraban que la lucha contra el zarismo sólo podía verse coronada por el éxito si era conducida por las masas obreras organizadas, pero los socialistas rusos no impulsaban entonces ninguna agitación de masas y no se apoyaban sobre la clase obrera ni en la teoría ni en la praxis. En realidad, la *Narodnaia Volia* no lucha “por la ampliación de los derechos políticos del proletariado” a fin de “posibilitar la organización de masas para la lucha contra la burguesía” como Warynski había formulado el contenido de un programa político en el espíritu de la Socialdemocracia. La *Narodnaia Volia* luchaba, antes bien, por “la toma del poder”, por hacerse

con el poder con la finalidad de realizar reformas inmediatas y abrir un período de transición en el espíritu de una revolución socialista.

Para ello no se apoyaba en la acción de las masas dotadas de consciencia de clase, en la organización y en la lucha del proletariado industrial, sino en las maquinaciones conspirativas de una “minoría decidida”.

Por consiguiente, los principios fundamentales de Warynski y sus camaradas tenían que conducir a un choque en el momento de su aplicación en la praxis.

Si el movimiento socialista de Rusia hubiese estado situado entonces en el terreno socialdemócrata, como hoy lo está con la excepción de pocas organizaciones, los principios de los fundadores del “Proletariado” habrían tenido que conducir por una parte a una cooperación completa y armónica entre el socialismo ruso y el polaco y, por otra parte, ya a comienzos de los años ochenta, al florecimiento en Polonia de un movimiento obrero de masas con inspiración conscientemente socialdemócrata.

Pero como en la época en que se organizó el partido “Proletariado” no había en Rusia ningún movimiento socialista sino un partido de conspiradores de inspiración blanquista, los socialistas polacos se encontraron ante un dilema. Podían, para preservar su programa socialdemócrata, renunciar a la unidad de programa y de acción con los socialistas rusos y emprender independientemente en Polonia la lucha por el derrocamiento del zarismo por la agitación y organización de masas de los obreros polacos o bien, para seguir su principio básico de unidad de acción con el socialismo ruso, renunciar al programa socialdemócrata y a la lucha de masas y subordinarse a los métodos de lucha de la *Narodnaia Volia*.

La solución de este problema estaba llamada a decidir sobre la suerte del socialismo en Polonia durante casi una década (y lo ha hecho de modo bien funesto). Sin embargo, no dudamos en reconocer que la elección del segundo de los caminos posibles era, en las condiciones de entonces, completamente natural y comprensible. Dado que en la lucha política contra el sistema dominante en Rusia tenía que ser naturalmente Rusia misma terreno privilegiado y que la Polonia del Congreso sólo podía tomarse en consideración en segundo lugar y dado que la *Narodnaia Volia* de entonces superaba en mucho a los socialistas polacos en cuanto a número de militantes y a importancia política y que tenía tras de sí ya una victoria política y moral tan relevante como el atentado del 13 de marzo, que pareció confirmar a los ojos de todo el mundo la validez de su programa y de su táctica, mientras que el partido “Proletariado” apenas se había organizado como tal partido, puede comprenderse, en base a todas estas circunstancias, que la organización socialista polaca intentase hacer causa común con el movimiento ruso.

Las palabras que Friedrich Engels escribió en 1894 constituyen un testimonio de hasta qué punto la *Narodnaia Volia* dominaba en aquella época en el mundo de las ideas y hasta qué punto había suscitado esperanzas de la proximidad de una revolución política. Dice Engels sobre aquella época en Rusia: “En aquella época había en Rusia dos gobiernos: el del Zar y el del comité ejecutivo clandestino (ispolnitelni komitet) de los conspiradores terroristas. El poder de este gobierno paralelo secreto crecía de día en día. La caída del zarismo parecía inminente; una revolución en Rusia le arrebataría a la reacción europea en su conjunto su más firme apoyo, su mayor ejército de reserva, por lo que le daría también al movimiento político de Occidente un nuevo y poderoso impulso asegurándole además unas condiciones para su acción infinitamente más favorables.”<sup>12</sup>

Si investigadores serenos de la historia social como Engels y Marx (puesto que las palabras citadas caracterizan también el punto de vista y la actitud de Marx por entonces), ricos en experiencias propias en la historia revolucionaria de Europa, nos daban indicaciones tan decisivas para el enjuiciamiento de los procesos históricos, es decir, si esos investigadores podían sobrevalorar así los resultados de la actividad de la *Narodnaia Volia*, no es para maravillarse que los socialistas polacos de la época, que estaban en el centro de la lucha, se

---

<sup>12</sup> *Internationales aus dem Volksstaat. Soziales aus Russland* de Federico Engels, Berlín, 1894, p. 69.

sintiesen desde el primer momento subyugados en su actividad práctica por la influencia enorme de ese partido.

Así, pues, habiendo extraído el socialismo polaco como consecuencia de su evolución bajo el signo de la Socialdemocracia europeo-occidental la conclusión política de la necesidad de vincularse con el socialismo ruso para emprender una acción común, tuvo finalmente que verse, poco a poco, dadas las condiciones concretas con que se encontraba, recorriendo caminos blanquistas. Su historia es, por consiguiente, a partir del momento de la organización formal del partido en el país y hasta su declinación a finales de los años ochenta, la historia de la progresiva desviación en sentido blanquista con respecto al punto de partida que había sido formulado en el llamamiento a los socialistas rusos en diciembre de 1811.

Sería, desde luego, erróneo suponer que los socialistas polacos adoptaron, en la situación en que se encontraban, conscientemente la opción mencionada más arriba. Nosotros hemos formulado esas alternativas con ánimo de dar un análisis de la situación real; el grupo de Warynski, sin embargo, no era en modo alguno tan categóricamente consciente de la situación con que se enfrentaba. Esto se debía a que la verdadera esencia de la *Narodnaia Volia* y su contradictoriedad con las posiciones sustentadas por Warynski y sus camaradas no estaba tan clara ni podía ponerse tan fácilmente de manifiesto entonces, en el año 1882, como más adelante con ayuda de hechos y documentos. Sobre la base de llamamiento del grupo de Warynski a los rusos hemos demostrado ya que, en particular, este grupo albergaba ilusiones socialdemócratas en relación con la actividad de la *Narodnaia Volia*.<sup>13</sup> Por lo demás, como se deduce de una atenta lectura de la literatura socialista de entonces (*Równosc*, "Przedswit" y folletos), no había entre los socialistas polacos nadie, aparte Warynski, que fuese un socialdemócrata tan consciente y experimentado como a la vista del llamamiento podía suponerse.

Así, de puertas para afuera la vinculación espiritual del "Proletariado" con la *Narodnaia Volia* no se produjo como el resultado de un debate serio sobre la idea socialista en Polonia, sino más bien como el resultado natural de una situación general. Como por otra parte la historia y la fisonomía de un grupo a pesar de todo bastante pequeño, como fue normalmente la organización socialista dirigente en Polonia, están determinadas en un período de tiempo de una duración de sólo unos pocos años no sólo por las grandes líneas maestras del desarrollo lógico sino también por numerosos elementos personales casuales, dada la heterogeneidad de la madurez teórica de los fundadores del "Proletariado", había una razón más para que el movimiento se subordinase tanto más fácilmente a las influencias rusas. Si ya las publicaciones y la actividad misma del "Proletariado" no se distinguían desde el principio por su homogeneidad, bastó la desaparición de Warynski del escenario de la lucha después de su detención en el otoño de 1883 para que el movimiento se deslizase con premura por el plano inclinado desesperado de la conspiración política.

Para poner de manifiesto la diferencia que existe entre el denominado blanquismo y la concepción del mundo de la Socialdemocracia hay que resaltar ante todo que el blanquismo carece en verdad de una teoría propia como la de la Socialdemocracia, es decir, una teoría del desarrollo social hacia el socialismo. Esto, por lo demás, no es un rasgo específico de este partido fraccional del socialismo, puesto que en realidad la teoría de Marx y Engels es el primer intento y añadimos nosotros hasta ahora el único coronado por el éxito de colocar a las corrientes socialistas sobre el suelo de una concepción científica de las leyes del desarrollo histórico en general y de la sociedad capitalista en particular. Las teorías utópicas anteriores del socialismo, si es que se puede hablar de teorías en su caso, se limitaban, en lo esencial, a fundamentar las aspiraciones socialistas por medio de un análisis de los defectos de la sociedad establecida y de la comparación con la perfección y la superioridad moral de la sociedad socialista.

---

<sup>13</sup> Confirman esto unas palabras que leemos en *Równosc*: a raíz del artículo sobre Alejandro II publicado el 13 de marzo (de 1881), *Równosc* analiza el programa de *Narodnaja Wolja* y le atribuye "una moderada reivindicación de la monarquía constitucional". Los autores del artículo del 13 de marzo, según *Równosc*, no querían otra cosa que compromisos. "Lo que queremos, lo que quiere *Narodnaja Wolja*, son cambios políticos en el régimen actual" (*Równosc*, año 11, núms. 5 y 6, marzo y abril de 1881).

En la medida en que el blanquismo, como todas esas escuelas socialistas, se apoyaba en sus concepciones sobre la crítica negativa de la sociedad burguesa y de la propiedad privada, representaba únicamente una especie de táctica de la acción práctica. En este sentido, delataba su procedencia de los revolucionarios radicales de la gran revolución francesa y procedía, en cierto modo, a aplicar la táctica jacobina a los intentos socialistas, la primera tentativa de lo cual vemos en la conspiración de Babeuf.

La idea rectora de esta táctica es la fe ilimitada en la fuerza del poder político, capaz en cualquier momento arbitrariamente escogido de llevar a cabo en el organismo social cualquier transformación económica y social que se considere buena y provechosa.

Es cierto que también la teoría del socialismo científico ve en el poder político una palanca de la revolución social. Pero en la concepción de Marx y Engels al poder político únicamente le corresponde en las épocas revolucionarias el papel de, por así decirlo, un elemento ejecutivo que realiza los resultados del desarrollo interno de la sociedad y que encuentra su expresión política en la lucha de clases. Según la conocida fórmula de Karl Marx el poder político juega en épocas revolucionarias un papel de “partera” que acelera y facilita el nacimiento de la nueva sociedad que se halla ya contenida en la vieja como un fruto maduro. De esto se sigue inmediatamente que las transformaciones sociales profundas sólo se pueden lograr por medio del poder político en un determinado estadio de la evolución social y que el poder político en tanto que instrumento de la revolución sólo puede funcionar en manos de una clase social que en el período de tiempo dado sea el abanderado de la revolución, de modo tal, que la única legitimación de la adecuación y posibilidad de la revolución está constituida por la misma madurez de esa clase para la toma duradera del poder político.

En la medida en que el blanquismo no reconoce esta teoría o más bien la desconoce, considera el poder político como el instrumento de la revolución social, sin establecer relación alguna con el desarrollo social o con la lucha de clases en general. Se trata de un instrumento, para él, que está siempre presto, no importa en qué momento, para servir a aquel que disponga de él. En esta perspectiva las únicas condiciones de la revolución son: la voluntad de un grupo de hombres decididos y, en el momento favorable, la puesta en marcha de una conspiración encaminada a la toma del poder.

“Blanqui [dice Engels en su conocido artículo en el *Volksstaat* en el año 1874] es esencialmente un revolucionario político, socialista sólo por el sentimiento, simpatiza con los padecimientos del pueblo, pero carece tanto de una teoría socialista como de propuestas prácticas ciertas de remedio social. En su actividad política era esencialmente un “hombre de acción”, convencido de que una minoría pequeña y bien organizada que en el momento preciso intente un golpe de mano revolucionario es capaz con un par de éxitos iniciales de arrastrar tras de ella a las masas populares y hacer así una revolución victoriosa... Al considerar Blanqui toda revolución como el producto de un golpe de mano de una pequeña minoría revolucionaria, se sigue inmediatamente la necesidad de la dictadura después de haber triunfado: de la dictadura, entiéndase bien, no del conjunto de la clase revolucionaria, del proletariado, sino del pequeño número de quienes han llevado a cabo el golpe de mano y que ya antes estaban ellos mismos organizados bajo la dictadura de uno o de unos pocos.”<sup>14</sup>

Como vemos, la táctica de los blanquistas se orienta a la realización inmediata de la revolución social sin tomar para nada en consideración cualesquiera períodos de transición o cualesquiera etapas de la evolución. El blanquismo era, de este modo, una receta para la realización de la revolución bajo cualesquiera condiciones y en cualquier momento, es decir, ignoraba por completo las condiciones histórico-sociales concretas. El blanquismo era además una táctica universal que podía ser aplicada a cada país con el mismo éxito. Pero evidentemente en ningún lugar la puesta en práctica de este método de acción podía tener una influencia tan decisiva sobre la suerte del socialismo como era el caso bajo las condiciones peculiares del zarismo.

---

<sup>14</sup> Internationales aus dem Volksstaat, págs. 41 y 42.

Esta táctica de “salto” directo a la revolución social tenía que afectar negativamente sobre todo a la fisonomía política de un partido que actuaba en el marco de un estado con formas de gobierno absolutista-despóticas.

Por esta razón puede seguirse paso a paso y de la forma más clara la influencia del blanquismo sobre los socialistas polacos a través del lento cambio de sus concepciones políticas.

Por lo demás, ya el programa oficial del partido “Proletariado” publicado en septiembre de 1882 se aleja significativamente tanto del artículo de Warynski, en el número 3-4 de *Przedswit*, como también del llamamiento a los camaradas rusos. En su parte general, como se ha dicho más arriba, este documento contempla el futuro socialista de Polonia sobre la base del socialismo científico y se basa en los principios de la lucha de clases y del materialismo histórico. El carácter del programa en sentido propio ya no es tan fácil de determinar. Tenemos en él tres partes paralelas, a saber: reivindicaciones del partido “en el terreno económico”, “en el terreno político” y “en el terreno de la vida moral”.<sup>15</sup>

Si dejamos fuera de consideración la última parte en tanto que carente de importancia práctica, vemos como coincide con las primeras partes la formulación paralela de las reivindicaciones que constituyen el contenido de la revolución socialista: “1) que el suelo y los medios de producción pasen de ser propiedad individual a ser propiedad colectiva de los trabajadores, propiedad del estado socialista, 2) que el trabajo asalariado sea transformado en trabajo comunitario, etc.”; por otra parte están las reivindicaciones políticas, que a primera vista parecen por su contenido democrático-parlamentarias, más adecuadas a las instituciones del estado burgués: “1) autonomía completa de los grupos políticos, 2) participación de todos los ciudadanos en la elaboración de las leyes, 3) carácter electivo de todos los funcionarios, 4) completa libertad de expresión, de prensa, de reunión, de organización, etcétera, etcétera, 5) completa igualdad de derechos de la mujer, 6) completa igualdad de derechos de las confesiones y de las nacionalidades, 7) solidaridad internacional como garantía de la paz general.”

Es imposible decir en pocas palabras a qué categoría pertenece en realidad este programa. Examinándolo más de cerca hay dos posibles interpretaciones. Las reivindicaciones políticas enumeradas aquí recuerdan, con la excepción de la primera, que no está clara del todo, a los programas mínimos corrientes de los partidos socialdemócratas. Pero justo la colocación de estas reivindicaciones yuxtapuestas a las reivindicaciones propias de una transformación socialista, suscita la suposición de que no se refieren, en cuanto a sus exigencias, al orden social actual, a la sociedad burguesa. Pero al mismo tiempo es dudoso que se refieran a la sociedad socialista, ya que atienden demasiado al orden social actual basado en la desigualdad entre las clases, los sexos y las nacionalidades. Es posible, por tanto, que no estemos ante un programa mínimo, sino más bien ante un programa pensado para la época de transición posterior a la toma del poder por el proletariado y que tenga como meta llevar a cabo una transformación socialista.

Una muestra de programa análogo, que pone en un mismo plano también reivindicaciones político-democráticas y reformas encaminadas a la transformación socialista y que está calculado para la fase de transición inmediatamente posterior a la revolución, la encontramos, por ejemplo, en las “Reivindicaciones del Partido Comunista en Alemania”, formuladas por el comité central de la Liga Comunista en París en el año 1848 y que lleva, entre otras, las firmas de Marx y Engels.<sup>16</sup>

Hay que subrayar, de todos modos, que el programa citado no deja entrever, en los autores del Manifiesto Comunista, ni la más mínima huella de táctica blanquista, a diferencia de lo que afirma, entre otros, Eduard Bernstein. Para la comprensión de este programa basta tener presente que Marx y Engels lo formularon cuando tenían muy frescas las impresiones producidas por la Revolución de febrero en Francia y por el estallido de la Revolución de marzo

<sup>15</sup> “z pola walki”, págs. 30 y 31. También, *Przedswit*, año II, n° 4, octubre de 1882.

<sup>16</sup> Creación de talleres estatales. El estado debe garantizar la subsistencia de todos los trabajadores, y tomar a su cargo a aquellos que estén incapacitados para el trabajo.



en Alemania. Es sabido que ambos sobrevaloraron el ímpetu revolucionario de la burguesía y que contaban con que la burguesía europea, una vez sumida en el torbellino del movimiento revolucionario, iba a recorrer en un periodo de tiempo más o menos largo el ciclo completo de su dominación, que iba a transformar “ha su imagen y semejanza” las condiciones políticas de los países capitalistas para que luego fuese la pequeña burguesía la que, en su lugar, se pusiese a la cabeza de la ola revolucionaria, y que, finalmente, el proletariado, que de este modo podía apoyarse inmediatamente en los resultados de la revolución burguesa, estaba llamado a realizar una revolución orientada a su emancipación como clase.

Enriquecidos por la experiencia histórica, en el presente estamos en condiciones de reconocer cabalmente todo el optimismo que entrañaban estas concepciones. Hoy sabemos que la burguesía europea, inmediatamente después de la primera tormenta revolucionaria, dio marcha atrás y después de ahogar su propia revolución, colocó a la sociedad de nuevo, siguiendo el curso “normal” de las cosas, bajo su dominio. Sabemos también que las condiciones económicas de la Europa de entonces estaban muy alejadas del grado de madurez que habría hecho posible una transformación socialista. El capitalismo se preparaba entonces no para la muerte, sino, por el contrario, justo para el verdadero comienzo de su dominación. Así, la fase que a los comunistas de 1848 les parecía que estaba sólo a unos cuantos años de distancia de la dictadura del proletariado, se transformó en una época de medio siglo de duración y a cuyo término incluso hoy todavía no se ha llegado.

Sin embargo, el motivo por el cual Marx y Engels se dispusieron ya entonces a plantear un programa de acción pensado inmediatamente para la revolución de los trabajadores, no fue ni las ganas ni la esperanza de “saltar por encima” de la fase de dominación de la burguesía, sino tan sólo una estimación equivocada del ritmo real del desarrollo social, estimación establecida bajo la influencia de la revolución. En las condiciones en las que se desarrolló la actividad del “Proletariado” es difícil encontrar circunstancias análogas capaces de explicar el programa que adoptó. Por consiguiente, si queremos adscribir a sus reivindicaciones el carácter de un programa válido para una fase de transición, no nos queda más que suponer que en cierto modo el “Proletariado” había hecho realmente suya la perspectiva blanquista.

Hay que decir, de todos modos, que a pesar de esta suposición, las metas finales y las tareas inmediatas y todo el programa del “Proletariado” en su conjunto está penetrado por el espíritu de la concepción del mundo socialdemócrata. Esto lo demuestra la fuerte acentuación de que la revolución socialista sólo puede ser hecha por la clase obrera, que sólo la lucha de masas, la organización del proletariado y su esclarecimiento pueden preparar las condiciones de la sociedad futura. La idea de la agitación y de la organización de las masas es el *leit-motiv* de todo el programa e indica con claridad que el partido se preparaba entonces para una larga fase de trabajo sobre la base de los intereses cotidianos del proletariado.

En este sentido testimonian algunos párrafos del programa en los que el “Proletariado” habla de las libertades políticas como una premisa para la organización de la lucha de masas, lo que, aquí y allá, recuerda a las formulaciones de Warynski en *Przedswit* el año anterior. “Reprobamos decididamente”, leemos en el programa, “la falta de libertad de conciencia, libertad de expresión, de reunión, de organización, de palabra y de prensa porque todo esto significa grandes obstáculos para el desarrollo de la conciencia de los trabajadores. Esta situación o bien despierta el odio y el fanatismo religioso-nacional o hace imposible la propaganda y la organización de masas, las únicas que pueden sentar las bases de la futura organización de la sociedad socialista.” Y un poco más adelante: “Contra la opresión seguiremos luchando tanto ofensiva como defensivamente. Defensivamente en tanto en cuanto no vamos a consentir ningún cambio a peor; ofensivamente, porque exigimos la mejora de las condiciones de vida del proletariado en el estado ruso”.

A pesar de que en el programa no encontramos una formulación clara y categórica de la lucha contra el zarismo y por las libertades democráticas en tanto que tarea inmediata (predomina una cierta indecisión y oscilación en el contenido político), no hay, sin embargo, en este programa y en la justificación de sus propuestas positivas ningún blanquismo. El único hecho que puede constatarse a partir de este documento es que la perspectiva de los socialistas polacos había perdido indudablemente mucho de la claridad cristalina que caracterizaba a los documentos del grupo ginebrino que hemos analizado. Hay que tener en cuenta que el

programa de 1882 es ya obra del grupo de Varsovia, integrado por gente que trabajaba en la patria, y que Warynski, una vez que hubo trasladado su actividad a la zona de partición rusa, tenía que contar mucho más con los camaradas que se encontraban allí, los cuales estaban sometidos con más intensidad a la influencia de los rusos que los exiliados polacos de Suiza. Ahora bien, si es cierto que el programa oficial del partido "Proletariado" se caracteriza por la falta de claridad, las formas ulteriores de acción asumidas por el partido ya no dejan lugar a dudas con respecto a la influencia creciente del blanquismo. Contemplando el desarrollo del "Proletariado" en su conjunto, no dudamos en caracterizar el programa de 1882 como un fenómeno de transición que precisamente por su falta de claridad refleja el cambio de rumbo entre la fase socialdemócrata y la fase blanquista en la evolución del socialismo polaco.

#### IV

En el apartado anterior hemos deducido el paso del partido fundado por Warynski y sus camaradas de una perspectiva socialdemócrata a una perspectiva blanquista; hemos llegado a él como un resultado lógico del principio político (que había hecho suyo) de acción común con el socialismo ruso aplicado a las circunstancias de entonces.

Esta conclusión la confirma de forma muy palpable un análisis de los documentos relacionados con la actividad del "Proletariado", los cuales demuestran cómo los socialistas polacos adoptaban a cada aproximación a la *Narodnaia Volia* al pie de la letra sus concepciones y su táctica. Este fenómeno puede observarse con exactitud cronológica. Es muy ilustrativo a este respecto, por ejemplo, ya el documento más primerizo de comienzos de 1883, es decir, de apenas unos meses después del "Llamamiento del comité obrero" (el programa formal del partido "Proletariado"). Nos referimos a la resolución adoptada por el "Congreso de representantes de algunos grupos social-revolucionarios" que había dado el primer paso hacia la aproximación entre ellos y hacia la formación de un partido social-revolucionario rigurosamente organizado. En este documento no se dice en concreto de qué "grupos social-revolucionarios" se habla, ni lleva la firma oficial del partido "Proletariado", pero el hecho mismo de su publicación en la "parte oficial" de la revista *Przedswit*, así como también la orientación política general de este documento, coincidente con las intenciones de Warynski y sus camaradas, no deja lugar a dudas en el sentido de que se trata si no de la expresión ideológica del partido "Proletariado" en su conjunto o de su dirección, sí al menos de las concepciones de una parte de sus activistas más influyentes. No subrayamos aquí la importancia práctica de estas resoluciones, a pesar de que en ulteriores publicaciones del partido aparecen como la base de la conocida e íntima unión entre el "Proletariado" y la *Narodnaia Volia*. Las sacamos a colación únicamente en calidad de síntoma de la actitud de los socialistas polacos poco después de la fundación del partido.

Los acuerdos, cuya idea rectora es exactamente la misma que la del llamamiento "A los camaradas socialistas rusos", o sea, la formación de un partido único para el estado ruso con un programa común, comienzan con el siguiente planteamiento característico: "¿Ha de constituirse un partido revolucionario polaco-lituano-ruso blanco particular?"

Resueltamente: ¡No! Por el contrario, los grupos polacos, lituanos y rusos blancos han de entrar en un partido unitario que actúe a escala del estado ruso.

¿Cuál ha de ser la actividad de este partido?

Ha de ser una actividad doble: por una parte, propaganda y agitación social-revolucionaria; por otra parte, llevar la lucha contra el gobierno ruso directamente al centro de éste."

Ya el final de la última frase, pensado para la actividad de la *Narodnaia Volia*, delata la perspectiva conspirativa con que se concebía la actividad política. Sin embargo, el siguiente párrafo es todavía más significativo:

"La agitación política sólo se acoge con todo su sentido en la medida en que la opresión política es paralela a la opresión económica. Si el gobierno, por ejemplo, se coloca de parte de la clase poseedora, la lucha contra esta última sería al mismo tiempo una lucha contra el gobierno. Si por el contrario el gobierno no se apoya sobre ninguna clase social y con su presión entorpece

la actividad del partido social-revolucionario, entonces tendrá que ser derribado (y esto es fácilmente posible) por medio de una conspiración. En este sentido, la estrecha unión de las masas populares sobre la base del antagonismo entre sus intereses y los intereses de las clases poseedoras es una condición indispensable para la consecución de progresos ulteriores en la revolución.”<sup>17</sup>

Todo aquel que conozca las teorías del socialismo ruso percibe aquí inmediatamente el eco de las ideas de la *Narodnaia Volia*, las cuales a su vez ésta heredó de Bakunin.

Ya el editor de *Nabat*, Tkatschoff, uno de los más antiguos blanquistas rusos, formuló en el año 1874 en su “Carta abierta al señor Friedrich Engels”, publicada en idioma alemán en Zurich, la teoría de que el gobierno zarista “no se apoya sobre ninguna clase social” y que por lo tanto “puede y debe” ser derribado. Este estado, proclama Tkatschoff, “sólo desde lejos aparece como un poder... Carece de enraizamiento en la vida económica del pueblo, no encarna los intereses de ningún estamento... Entre ustedes (en Alemania, en Occidente, R. L.) el estado no es un poder aparente. Está por el contrario bien asentado sobre el suelo del capital y encarna determinados intereses económicos... Entre nosotros (en Rusia, R. L.) es justo al revés, nuestra formación social ha de agradecerle su existencia a un estado [...] que nada tiene en común con el orden social establecido, que hunde sus raíces no en el presente, sino en el pasado”.<sup>18</sup>

Entre las concepciones de los socialistas rusos de los años setenta y ochenta, esta teoría del estado ruso como “colgando del aire” constituía tan sólo una parte de la teoría del desarrollo “peculiar” de Rusia. En el terreno de la economía se correspondía con ella la consideración del capitalismo en términos de “planta artificial” que el gobierno ruso había “trasplantado” al suelo ruso, así como la consideración de la propiedad comunal campesina como la forma propiamente rusa de economía.

Naturalmente la relación entre las relaciones económicas de la sociedad y su sistema político quedaba así completamente oscurecida. Las relaciones económicas, en la medida en que se hablaba de ellas en su forma capitalista, eran consideradas por esta teoría como un producto arbitrario del poder político. Por otra parte, el zarismo estaba, según la teoría de la *Narodnaia Volia*, en la más completa oposición a la propiedad comunal campesina, esa forma económica natural. Lógicamente, por tanto, a la pregunta de: ¿sobre qué se apoya el poder político en Rusia para existir?, no había más que una sola respuesta, a saber: que el estado en Rusia “cuelga del aire” o como lo formulaba con mayor exactitud el programa del comité ejecutivo de la *Narodnaia Volia*: “Este engendro estatal-burgués se sostiene sólo a base de la violencia desnuda.”<sup>19</sup>

Si de este modo el sistema político que existía en Rusia se hacía depender en su conjunto de la violencia política, no dejaba de ser plenamente lógica la conclusión de que la eliminación del sistema era tan sólo una cuestión de hacer uso de la violencia, razón por la cual se concluía que el todopoderoso gobierno “puede y debe ser fácilmente derribado por medio de una conspiración”.

Ya Friedrich Engels refutó en 1874 todas estas ideas sacando a la luz inmediatamente y con sorprendente profundidad intelectual las partes débiles de la teoría de los populistas rusos. Engels ponía de manifiesto que el estado ruso en modo alguno “cuelga del aire”, sino que se apoya firmemente sobre la clase de la aristocracia terrateniente, así como sobre la clase burguesa en proceso de formación, es decir, que quienes “colgaban del aire” eran más bien aquellos socialistas rusos que no reconocían la existencia de esas bases materiales del gobierno zarista. Engels demostraba además que la *obschina* rusa, considerada por los “peculiares” socialistas rusos como la base del próximo futuro socialista de Rusia, era más bien

<sup>17</sup> *Przedswit*, año II, nº 17, 14 de mayo de 1883. La redacción de *Przedswit* declara no estar totalmente de acuerdo con las ideas expresadas en las “Conclusiones” antes citadas. Pero a nosotros nos interesan aquí, sobre todo, las ideas de los activistas que actuaban por entonces en el país. Además, la redacción de *Przedswit* no reproduce detalladamente dichas opiniones discrepantes, de modo que falta base para cualquier conclusión.

<sup>18</sup> Citado en *Internationales aus dem Volksstaat, Soziales aus Russland*, p. 50.

<sup>19</sup> *Kalendar Narodnoj Woli*, p. 5.

el fundamento adecuado no de la sociedad socialista, sino justamente del despotismo oriental del zarismo ruso. Ponía de manifiesto también los fenómenos de disolución que se observaban en el seno de la *obschina* y profetizaba la agudización de ese proceso de disolución bajo el influjo del desarrollo de la burguesía, en caso de que ésta tuviese confianza en sí misma.

En una palabra, aun cuando Engels no aludía a las tareas positivas de los socialistas rusos, y, en particular, no analizaba la acción futura del proletariado industrial de Rusia, sí que destruyó el fantástico y edificado “en el aire” camino “peculiar” de Rusia hacia el socialismo declarando al mismo tiempo que hombres como Tkatschoff y otros socialistas-populistas, los cuales en razón del hecho de que como Rusia “ciertamente” carece de proletariado, pero “a cambio” carece también de burguesía, se imaginan el socialismo más próximo en Rusia que en los países europeo-occidentales, “tienen todavía que aprender del socialismo el ABC”.<sup>20</sup>

De hecho, el ABC del socialismo, pero del socialismo marxista, enseñaba que la sociedad socialista no es un ideal de sociedad inventado susceptible de alcanzarse por diversos caminos y de diversas maneras más o menos ingeniosas, sino que constituye sencillamente la tendencia histórica de la lucha de clases del proletariado en el capitalismo contra el dominio de clase de la burguesía. Fuera de esta lucha de clases entre dos clases sociales muy determinadas, el socialismo no es realizable ni por la propaganda del más genial de los creadores de utopías socialistas ni por guerras campesinas o conspiraciones revolucionarias. Los socialistas polacos, como vimos, partían en su programa formalmente justo de estos principios, con la intención de apoyar su actividad sobre la lucha de clases del proletariado. En realidad, sin embargo, ya en el citado documento dejaban mal parado, no menos que los populistas rusos, el “ABC del socialismo”.

Al tomar, en particular, nuestros revolucionarios de los populistas rusos la idea de que el estado ruso no estaba vinculado a ninguna clase, que era un estado “que cuelga del aire”, y al creer en el fácil “derrocamiento” de ese estado por medio de una conspiración, separaban también artificialmente la lucha política del resto de su actividad socialista, separaban la lucha contra el gobierno, la que atribuían al partido conspirativo como tarea especial, de la agitación socialista y de la lucha de clases, las cuales seguían considerando en Polonia como tarea de la clase obrera. Concuere da con esta concepción la categórica bipartición de las tareas del partido que figura en el primer punto de las citadas “resoluciones” y que habla, por una parte, de “propaganda y agitación social-revolucionaria” y, por otra, de la “lucha contra el gobierno directamente en el centro de éste”.

Decíamos más arriba que es un rasgo característico del blanquismo “considerar el poder político como medio de la revolución social independientemente tanto del desarrollo social como de la lucha de clases”. A pesar de que los socialistas polacos no reconocían en modo alguno esta teoría en su forma general sino más bien, como veíamos, partían conscientemente y con pleno convencimiento de que “la liberación de la clase obrera sólo puede ser obra de la clase obrera misma”, al hacer suyas las ideas de los populistas acerca del estado ruso sí que se colocaban inconscientemente pero efectivamente en la perspectiva blanquista formulada más arriba. La esperanza depositada en la posibilidad de acceder directamente y saltando por encima de la fase parlamentario-burguesa a la revolución socialista había de aparecer ante ellos como una conclusión lógica.

De hecho, las publicaciones del partido nos muestran muy pronto esta evolución en sus ideas. En la revista *Proletariat*, que aparecía en el país y de la que fueron editados en una imprenta clandestina cinco números desde septiembre de 1883 hasta mayo de 1884, se desliza ya alguna irónica invectiva contra la “libertad burguesa” del liberalismo, actitud ésta tan típica del socialismo conspirativo y del anarquismo. En el número 2 de la revista *Proletariat* encontramos junto al poema satírico titulado “Un himno liberal al año 1880 en espera de una nueva Constitución” en el artículo editorial del mismo número y en el marco de una consideración de las ventajas de la “nueva consigna” de lucha socialista asumida por el partido, el siguiente y original punto de vista:

“Todavía tiene una tercera ventaja la lucha que ya ha empezado: lanza a la sociedad burguesa en brazos del gobierno, con cuyo omnipotente apoyo confía salvarse de un enemigo que se ha

<sup>20</sup> Internationales aus dem Volksstaat, Soziales aus Russland, pág. 50.

dado cuenta de sus privilegios; la lucha hace que estos dos elementos se unan cada vez más estrechamente haciendo de ellos un enemigo de la clase obrera incapaz ya de ocultarse tras de ninguna máscara de frases vacías.”

A primera vista parece incomprensible cómo se puede considerar en la fase inicial del movimiento socialista, cuando se carece de las más elementales libertades democráticas, la reacción en aumento de las clases burguesas como un fenómeno positivo. Al echarse la burguesía en brazos del zarismo, prolonga naturalmente su existencia y refuerza al mismo tiempo todo lo que según las propias palabras del programa del partido “Proletariado” “plantea grandes dificultades al desarrollo de la consciencia de los trabajadores. Hace imposibles la propaganda y la organización de masas, las cuales son absolutamente necesarias para sentar las bases de la edificación futura de la sociedad socialista”.

Pero los puntos de vista expresados en el programa del año 1882 ya no eran, como vemos, los que sustentaba el partido en 1883 y la perspectiva a partir de la cual el partido valoraba los fenómenos políticos era ya otra completamente distinta:

“Oímos ahora que [la reacción burguesa, RL] dificulta la lucha en los comienzos al mantener alejados a amplios círculos de neutrales e incluso de elementos descontentos con el gobierno, pero sin embargo, esta situación crea bases tanto más firmes para la lucha, le da a la lucha una orientación y dificulta con ello hasta el estallido de la lucha posibles o largamente practicados engaños de las masas por parte de las clases dominantes impidiendo la falsificación del movimiento revolucionario.”

La regla con la que se valoran las condiciones políticas de la acción no es aquí, por consiguiente, la necesidad indispensable de progresiva organización de las masas, es decir, las exigencias de la lucha cotidiana, sino la perspectiva del momento del “estallido”, la preparación inmediata para la revolución social.

Esta concepción de la situación del socialismo en Polonia se completa armónicamente con la concepción que por la misma época tenía el “Proletariado” acerca de la situación en Rusia y la actividad de la *Narodnaia Volia*. A consecuencia de los atentados terroristas de los últimos “aparece en el pueblo una alta estimación de la fuerza de los revolucionarios imponiéndose poco a poco entre el pueblo el interrogante de si no sería mejor ponerse de su parte, de si no les devolverían ellos la tierra, los bosques y las praderas. Depende de los revolucionarios decirle “sí” al pueblo y decidir el destino de la revolución”.<sup>21</sup>

En verdad es imposible imaginarse una revolución más fácil y cómoda, podríamos decir con Engels ante lo anterior.

Del trabajo de preparación, del esclarecimiento y de la organización de la clase obrera no se habla para nada ya; se supone más bien que las masas populares llevan dentro de sí la disposición a la transformación de la sociedad y, en esta perspectiva, las modificaciones parciales en el marco del sistema de gobierno existente, como la democratización del estado, aparecen naturalmente sólo como pequeñeces y pérdida de tiempo. En el número 3 del 20 de octubre de 1883 leemos en el artículo “Nosotros y la burguesía” la siguiente declaración, que no deja lugar a dudas:

“La masa (del pueblo trabajador) reconoce su incapacidad para llevar a cabo una revolución y busca hombres en los que depositar su confianza, a los que pueda confiar la dirección y mientras tanto guarda silencio. ¿Quién sino nosotros podría y debería ganarse esa confianza? Pero para ganarla hay que demostrar con hechos que somos los enemigos de sus tiranos, que no nos echamos para atrás a la hora de la lucha, que hoy dirigimos en interés suyo, que nos esforzamos por darle a la masa lo que le pertenece y sólo por ello rechazamos los torneos de los parlamentos burgueses en los que una mayoría no esclarecida pone en las manos de sus enemigos la decisión sobre la suerte de la revolución. Por eso nos parece que un gobierno provisional enérgico e integrado exclusivamente por socialistas constituye la mejor garantía de una entrega lo más amplia posible de la propiedad a la clase obrera.”

---

<sup>21</sup> *Proletariat*, nº 2, 1 de octubre de 1883. De Rusia.

Esto es una clásica profesión de fe inspirada en el blanquismo: la contraposición de un “gobierno provisional de socialistas” y de los “torneos de los parlamentos burgueses” en la que el programa político con su significado actual desaparece completamente.

“Nosotros somos comunistas”, proclama igualmente el manifiesto de los blanquistas franceses publicado en Londres en 1847, “porque queremos llegar a nuestra meta sin detenemos en estaciones intermedias, en compromisos, que no hacen sino aplazar la victoria y prolongar la esclavitud...”<sup>22</sup>

“Los comunistas alemanes”, responde Friedrich Engels en su crítica al manifiesto citado (que llevaba la firma de 33 blanquistas), “los comunistas alemanes son comunistas porque ven con claridad y persiguen, a través de todas las estaciones intermedias y compromisos, que no crean ellos, sino el desarrollo histórico, la meta final: la abolición de las clases y la construcción de una sociedad en la que ya no exista la propiedad privada de la tierra y de los medios de producción. Esos treinta y tres son comunistas porque se imaginan que sólo por tener buena voluntad para ello es posible saltarse todas las estaciones intermedias y compromisos, tener la cosa hecha y que, como está ya claro, un día de estos “se ponga en marcha la cosa” y lleguen al poder, pasado mañana estará “implantado el comunismo”. Si esto no es posible entonces ya no son comunistas. ¡Infantil ingenuidad tomar la impaciencia como un motivo teórico convincente!”

El número 4 de *Proletariat* muestra, sin embargo, nuevamente ciertas oscilaciones con respecto a la vuelta a concepciones socialdemócratas. En el artículo “Nosotros y el gobierno” leemos: “Pero hasta la fase de la lucha final, nuestro movimiento tendrá que atravesar diferentes estadios. Una de las tareas principales del trabajo preparatorio es la lucha contra los ataques de los gobiernos que nos persiguen y que representan los intereses de la burguesía, la defensa de la libertad política frente a esa vil conspiración contra las exigencias del pueblo. La libertad política no exime al pueblo de la opresión social; nosotros la valoramos positivamente por otro motivo: nuestra actividad necesita, para tener éxito, la luz del día, en la que puede desarrollarse libremente y en toda su amplitud; y sólo bajo presión se convierte en secreta conspiración. En condiciones de libertad política se hace más fácil influir a las masas, la conciencia se despierta con mayor rapidez, se agrupan más velozmente en torno a la bandera de las ideas sociales, se hace posible su organización a gran escala. La lucha contra las dificultades que deparan los gobiernos a nuestra actividad ha de ser especialmente tenaz allí donde domina la opresión política en su forma originaria e ignominiosa, donde campea la arbitrariedad sin limitaciones, donde no se respetan los derechos humanos esenciales. En este sentido, el derrocamiento del gobierno debería ser uno de los puntos principales del programa obrero socialista.”

Por las frases citadas podría parecer que el “Proletariado” comprendía la necesidad de combatir por las libertades políticas todavía antes del “estallido” para así hacer posible la agitación y la organización a gran escala. Pero también aquí salta a los ojos la evaluación fuertemente unilateral y chata, formalista de las libertades políticas vistas únicamente en tanto que elementos facilitadores, en el plano técnico, de la actividad de los socialistas. El aspecto objetivo, histórico, de las formas de gobierno parlamentario-burgués en tanto que etapa inevitable en el desarrollo de la sociedad capitalista, ni siquiera se toma en cuenta. Como, de otro lado, se considera a la democracia parlamentaria únicamente como un medio externo favorecedor de la preparación del “estallido”, no se llega naturalmente a la conclusión lógica de que la lucha por la realización de formas democráticas es una tarea necesaria y primera de la clase obrera, sino que se sigue sosteniendo que su consecución no es sino una cómoda eventualidad que desde luego no habría que rechazar, pero de la que, en caso de necesidad, también se puede prescindir.<sup>0</sup>

Éstas son, en el fondo, las conclusiones que extrae el “Proletariado” en la segunda parte del artículo “Nosotros y el gobierno” aparecido en el quinto y último número de su revista de Varsovia:

“Si [leemos en ese artículo] el gobierno, asustado ante los progresos de nuestro trabajo revolucionario, se aproxima a nuestra más o menos patriótica burguesía y le hace algunas

<sup>22</sup> *Internationales aus dem Volksstaat*. Manifestaciones de dos evadidos, p. 45.

concesiones políticos-nacionales con la finalidad de estimularla a la lucha contra nosotros, pues muy bien. Ciertamente que no protestaremos contra esas concesiones; nos esforzaremos por aprovechar todo lo que se haga a favor de la burguesía en contra de ella, en contra del gobierno.”

Una ejemplificación todavía más evidente de esta concepción puramente blanquista de las libertades políticas es la que pone de manifiesto el apartado final del artículo, dedicado a extraer las consecuencias de los dos artículos básicos: “Sacamos la siguiente conclusión: el estado actual tiene para nosotros una importancia esencial y básica. En la medida en que el estado vincula estrechamente su existencia con el mantenimiento del sistema económico establecido, defiende a las clases privilegiadas y oprime y persigue a los partidos que aspiran a una liberación social. Destruir el aparato gubernamental significa acabar con el obstáculo organizado que se interpone en el camino que conduce a nuestra meta”.

Al final, por tanto, ya no se habla del gobierno despótico, sino del “estado actual”; de este modo se identifica sin más la forma peculiar rusa de gobierno con la institución del estado de clase. Además, la tarea del partido socialista consiste, en primer término, no en la reforma progresiva de las instituciones estatales, sino en la “destrucción del aparato estatal”, es decir, en el derrocamiento inmediato del gobierno basado en el dominio de clase en tanto que ciudadela del sistema de dominación de la burguesía.

Finalmente la evolución de las concepciones políticas de la que hemos hablado aparece con toda pompa en el más importante documento de la historia del partido, en el acuerdo formal con el partido *Narodnaia Volia* de principios del año 1884, es decir, de una fecha en la que Ludwik Warynski ya había sido detenido y había desaparecido del campo de la lucha. Este acuerdo que, como es usual, consagra oficialmente la vinculación de los movimientos socialistas polaco y ruso mucho más tarde de cuando efectivamente tuvo lugar, forma pareja perfectamente con el llamamiento, que ya conocemos, “A los camaradas rusos”. Muestra el largo camino de giros políticos recorrido por el socialismo polaco en el corto lapso de tiempo que va de finales de 1881 a comienzos de 1884.

En el informe dirigido por el comité central del “Proletariado” al comité ejecutivo de la *Narodnaia Volia* encontramos la declaración de que “los grupos de combate [del partido “Proletariado”, RL] entrenados y organizados en la lucha han de ser utilizados en el momento oportuno en tanto que secciones auxiliares para el derrocamiento del gobierno establecido y la toma del poder absoluto por el comité central. El comité central se apoyará en las masas, dado que será el único representante verdadero de sus intereses y realizará una serie de reformas económicas y políticas a consecuencia de las cuales las ideas establecidas acerca de la propiedad quedarán completamente desacreditadas. El comité central llevará a la práctica la parte del programa socialista que en el momento de la revolución sea realizable.”<sup>23</sup>

Aquí se entiende claramente el derrocamiento del “gobierno establecido” (*prawitelstwo*), o sea del zarismo, como introducción inmediata a la revolución social; la lucha contra el despotismo pierde por completo el carácter de lucha cotidiana sobre el terreno de la sociedad burguesa; desaparece la distancia entre las reivindicaciones mínimas y la meta final; entre el programa político y el programa de la revolución socialista, y la acción cotidiana se transforma directamente en especulación en torno al “estallido” llamado a inaugurar rápidamente la revolución social.

En consecuencia, el comité central continúa comentando todos los detalles del “estallido”, promete no empezar la “revolución estatal” (*gosudarstwennyj pereworot*) hasta tanto no reciba la señal que emane del comité ejecutivo de la *Narodnaia Volia*, reclama para después de la revolución autonomía “en sus trabajos creadores” (*sozidatjelnych rabotach*), etc.

En pocas palabras, a pesar de que en otra parte del documento se acentúa la perspectiva de la lucha de clases, de la acción de masas, etc., nos encontramos aquí ante un programa típicamente blanquista. Consiguientemente, el documento que consuma la realización práctica de la idea que se expresó en el llamamiento “A los camaradas rusos” es al mismo tiempo el punto final de una serie de cambios graduales del socialismo polaco.

<sup>23</sup> *Wjestnik Narodnoj Woli*, nº 4, 1885, p. 242.

## V

Los cambios de concepciones políticas del partido tenían, naturalmente, que reflejarse en su actividad práctica.

Esto se manifestó en dos puntos esenciales: en la desaparición de la agitación de masas y en la desaparición de la acción política en general.

Teóricamente el partido “Proletariado” se apoyaba todavía según los principios de su programa en la lucha de clases, poniendo hasta el final gran énfasis en la importancia de la lucha de masas y de la agitación sobre la base de los intereses cotidianos.<sup>24</sup> Pero una vez se embarcó por la vía de la revolución socialista directa hecha por una “minoría decidida”, perdió el verdadero hilo conductor de la lucha de masas. Ya en la concepción de la táctica tal como se formula, por ejemplo, en el artículo, que ya hemos citado, “Nosotros y la burguesía”, publicado en el tercer número de la revista *Proletariat*, a las masas populares no se les adscribe hasta el momento de la revolución social sino un papel completamente pasivo. “La masa se da cuenta de su incapacidad para llevar a cabo la revolución, busca hombres en los que confíe, a los que pueda dejar la dirección y, mientras tanto, calla.” La distribución revolucionaria de roles es idéntica, pues, en esta teoría a la de las antiguas tragedias griegas: algunos individuos actúan y la masa forma el coro, el eco pasivo de sus actos.

La táctica blanquista, por consiguiente, transforma el principio de que la liberación de los trabajadores ha de ser obra de ellos mismos en el siguiente: la liberación de los trabajadores ha de ser obra de un puñado de conspiradores.

Por lo demás, la técnica de la lucha conspirativa misma excluye la acción de las masas. La conspiración, sea cual sea su programa, nunca ha sido, por su propia naturaleza, ni nunca lo será, cosa de las masas, sino solamente de un pequeño grupo de individuos, lo mismo que el terrorismo cuando se practica a la larga en tanto que método esencial de lucha.

Consiguientemente, la agitación de masas proclamada por el “Proletariado” había de quedarse en mero principio sin aplicación práctica.

Es cierto que normalmente se aducen como prueba de la agitación de masas del “Proletariado” dos conocidos hechos en los que intervino: la acción contra la orden que dio en febrero de 1883 el jefe superior de policía de Varsovia, que obligaba a una inspección sanitaria de las obreras y la manifestación de los despedidos, en marzo de 1885, en la Schloplatz de Varsovia. Pero los ejemplos de los que se habla no son capaces en modo alguno de sustentar la tesis de que el “Proletariado” condujese o estuviese en condiciones de conducir en Polonia un movimiento de masas.

En ambos casos el partido demostró ciertamente que entendía la necesidad de dirigirse a las masas y defenderlas en casos excepcionales, en situaciones que escapaban a su voluntad y a su iniciativa. En el primer caso el partido utilizó con inteligencia una orden aislada de las autoridades para lanzar un audaz llamamiento a las masas y exigir que la orden fuese retirada. En el segundo caso, situado ante el hecho de una turbulenta manifestación de una multitud de obreros sin consciencia de su situación de clase y desorganizados, el partido dirigió a la multitud un llamamiento incitándola a agruparse bajo su bandera. Pero ambos casos demuestran también que el partido “Proletariado”, dada la perspectiva táctica que le era propia, no era en absoluto capaz de utilizar las oportunidades que se presentaban para inaugurar una agitación de masas duradera. Para haber hecho esto, el partido habría tenido que entender que era misión suya mostrar a las indignadas masas obreras una tarea inmediata y evidente cualquiera, proponer una acción inmediatamente comprensible para ellas. Eso es lo que habría

---

<sup>24</sup> En el mencionado acuerdo del Comité Central con el Comité Ejecutivo de *Narodnaja Wolja*, hallamos el siguiente párrafo: “De este modo, la actividad del Partido se reduce, fundamentalmente, a la propagación entre los trabajadores de la conciencia de su diferencia social, mediante la propaganda socialista por una parte y, por otra, mediante la agitación a partir de los intereses más inmediatos y cotidianos de las masas, y mediante la lucha organizada, por dichos intereses, con las clases privilegiadas y con el gobierno, resultado de lo cual debe ser la desorganización del aparato estatal”. Lugar citado.



ocurrido si a las ofendidas obreras y a los obreros despedidos se les hubiese dicho que el mayor obstáculo en el camino que conduce a la mejora de su situación material y social es el gobierno despótico, la falta de derechos políticos por parte de los obreros; si se les hubiese explicado lo indispensable que es la organización para la lucha diaria, para la lucha tanto contra la explotación del capitalista individual como también la lucha por la libertad política contra el gobierno zarista. En una palabra: el partido sólo hubiese podido inaugurar una agitación de masas duradera si desde un principio hubiese tenido un programa de lucha cotidiana (económica y política), un programa pensado justamente para la acción de masas.

Pero como el partido aspiraba directamente a la revolución socialista y además a hacerla él solo, por su cuenta, quedándole reservado a la clase obrera hasta el momento mismo de la revolución el papel de espectador pasivo, no sabía cómo debía canalizar y hacer efectiva la indignación de las masas, indignación que era para él una sorpresa.

Al mismo tiempo, estos dos ejemplos demuestran, con la diferencia notable que separa a uno de otro, hasta qué punto el partido se había ido alejando poco a poco de la perspectiva socialdemócrata y cómo, por consiguiente, había ido perdiendo el contacto con las masas.

En el primer caso, en el llamamiento a las obreras del año 1883, no hallamos ni la más mínima conclusión política de un objeto tan apto para ello como lo era la orden de las autoridades del gobierno zarista, pero encontramos al menos todavía una indicación tangible relacionada con la acción práctica, a saber: una incitación a la formación de sindicatos de empresa y de cajas de resistencia.<sup>25</sup>

En el segundo llamamiento, de 1885 éste, a la manifestación en la Schloplatz, ya no encontramos ninguna referencia a ningún objetivo próximo y más práctico; el partido llamaba a quienes habían sido despedidos de su trabajo, a los que gritaban por las calles de Varsovia pan y trabajo, a llevar a la práctica la sociedad socialista (esto, naturalmente, de la forma más tosca y demagógica.<sup>26</sup>

De este modo el partido mismo excluía a las masas de la lucha directa en el terreno político y económico, asumiendo él en su nombre plenos poderes para actuar.

Necesariamente mientras el "Proletariado" anunciaba ininterrumpidamente agitación de masas, había de limitarse cada vez más a la propaganda en pequeños círculos y todo lo más a pescar a algunos individuos de la masa para hacerles entrar en la organización del partido clandestino. Sin embargo, al contraerse de este modo la lucha política del "Proletariado" y quedarse en especulaciones acerca del "estallido" y al limitarse su agitación a los pequeños grupos de militantes, la completa decadencia de la lucha política era al cabo de un tiempo inevitable.

La suerte del "Proletariado" se vio influida además particularmente por una circunstancia. La actividad conspirativa, que se dirige al derrocamiento del gobierno y a la toma del poder, se caracteriza porque en general sólo puede ser utilizada allí donde radican las autoridades centrales del Estado, los más importantes órganos del gobierno. La "toma del poder" puede imaginarse, en el mejor de los casos, en Petersburgo, pero no en Varsovia, dado su papel

<sup>25</sup> Cada fábrica, cada taller, cada almacén, deben unirse. Cread cajas de resistencia, para ayudar a las compañeras perseguidas por su lucha, y para que, un día, podáis abandonar masivamente vuestros talleres y obligar a vuestros "señores" a pactar (*Przedswit*, año II, n° 15, 10 de abril de 1883).

<sup>26</sup> Después de explicar el aspecto económico del gobierno burgués y el carácter anárquico de éste, el llamamiento dice: "¡Pero basta ya! También nosotros queremos tener derechos humanos. Arrebataremos a los fuertes sus privilegios, y distribuyamos justamente nosotros mismos el trabajo y su producto.

¡Compañeros! Este es nuestro objetivo. Hemos de comprender de una vez que sólo lo alcanzaremos cuando nos demos las manos y nos enfrentemos, todos juntos y de acuerdo, a nuestros enemigos, ante los que seremos cada vez más fuertes y temibles. Y, aunque la victoria haya de costarnos aún muchas víctimas, ¡el futuro nos pertenece! Llamamos a todos nuestros hermanos trabajadores a unirse, en nombre de los derechos humanos, en torno a una bandera, en torno a una consigna: "Libertad, fábricas y tierra". Exhortamos a las gentes de buena voluntad a luchar contra el yugo que oprime a la humanidad. Una vez más, ¡proletarios de todos los países, uníos! (*Walka klas* [lucha de clases], año I, núms. 10, 11 y 12, febrero, marzo y abril de 1885).

subordinado y provincial en el aparato de Estado ruso. Si en una acción de este tipo la provincia estaba destinada a jugar durante el “estallido” un papel auxiliar, entonces hasta que ese momento llegase su papel quedaba reducido a la espera pasiva y a la agitación en el seno de pequeños grupos. Igualmente el terror sistemático, que era la actividad principal de la *Narodnaia Volia* y que tenía como finalidad la desorganización del gobierno, sólo podía utilizarse naturalmente contra los más importantes representantes del poder central, o sea, en la capital del estado, y no contra sátrapas provinciales de segunda o de tercera fila (a no ser que se tratase de una acción de castigo por desmanes muy singulares).

Sin embargo, la cosa es completamente distinta si nos colocamos en la perspectiva de la lucha de masas contra el zarismo y por las libertades democráticas tal como la entiende la Socialdemocracia. Sin duda, también a este respecto la Rusia estricta juega el papel decisivo y de mayor influencia. Pero como en esta perspectiva sólo la acción directa de la clase obrera misma puede hacer caer al zarismo, es precisamente la lucha del proletariado en todo el territorio del estado ruso la condición indispensable de una victoria duradera. Como es la clase obrera misma y no un puñado de dirigentes conspiradores socialistas quien está llamada a realizar los resultados de la victoria sobre el zarismo, así como la libertad democrática, resulta incondicionalmente necesario el máximo desarrollo posible de la consciencia de clase política en todos los círculos y grupos del proletariado de Rusia.

Entonces, los socialistas polacos, presos en su perspectiva conspirativa, se veían desde un principio forzados a permanecer pasivos, a asumir el papel de testigos mudos, a convertirse en siervos de la *Narodnaia Volia* rusa. No obstante, hay que añadir que también la *Narodnaia Volia* en la época en que el partido “Proletariado” se alió firme y formalmente con ella para conducir una lucha común se encontraba deslizándose ya por un plano inclinado. Desde el atentado contra Alejandro II su historia fue la de una progresiva decadencia. A partir de mediados de los años ochenta se hace perceptible en el movimiento ruso la disolvente influencia de las inevitables dificultades en que se coloca un partido conspirativo que carece de fuerza para llevar a cabo atentados terroristas y que, por tanto, empieza a vivir de lo que habla de atentados o de los intentos de llevados a cabo en condiciones desfavorables.

Así pues, al pararse las cosas en Rusia, que era el único lugar donde podía realizarse la acción, en Polonia, naturalmente, el movimiento tenía que empezar muy pronto a retroceder. Y en realidad el “Proletariado” no practicó nada de ese terror del que tanto hablaba en su agitación de los últimos años. Los únicos actos terroristas fueron dos atentados contra el traidor Sremski y la muerte de los traidores Helszer y Skrzypczynski. Pero la eliminación de espías y traidores en caso de necesidad y cuando es posible es un acto de autodefensa en las condiciones políticas del zarismo y nada tiene en común con el verdadero programa y la táctica terrorista.<sup>27</sup>

En realidad el terrorismo se quedó en la historia del “Proletariado” en mera intención y no se convirtió jamás en acción política.

## VI

Hemos considerado hasta ahora la actividad del “Proletariado” desde dos puntos de vista: el del programa político, tal como se conformó en poco tiempo y bajo la influencia de la *Narodnaia Volia* rusa, y el del trabajo práctico en la forma que preveía el programa político.

---

<sup>27</sup> Warynski afirma esto claramente en su declaración ante el tribunal, en la que rebate las afirmaciones del fiscal, que atribuye a “Proletariado” la utilización del “terror externo e interno”: “Se entiende por terror aquellos actos violentos dirigidos contra personas que encarnan un determinado sistema político. De ningún modo puede ser usado el nombre de terrorismo para aquello que al señor fiscal se le antoja denominar terror externo e interno, es decir, el ajusticiamiento de espías y traidores. Con la existencia de una organización secreta aparece la necesidad de usar ciertos medios en pro de la seguridad. Esto es tan natural que, en los estatutos de la famosa sociedad secreta de los Iluminados, a la que pertenecían testas coronadas e incluso papas, existía un párrafo en el que se establecía la pena de muerte para el delito de traición” (*Z pola walki*, p. 149).

Aparte la táctica el partido "Proletariado", como sabemos, se diferenciaba de su hermano ruso en que aceptaba decididamente la teoría de Marx y Engels y esta diferencia se manifestaba ya en su programa de 1882, como también en su acuerdo con la *Narodnaia Volia* de 1884 y, finalmente, en su actividad propagandística hasta que desapareció. En la fundamentación general del socialismo, el "Proletariado" fue hasta el último momento un adepto de la Socialdemocracia europeo-occidental y, con más exactitud, de la alemana.

Este hecho en sí mismo no estaba en contradicción con el carácter conspirativo del "Proletariado". El blanquismo, que en realidad no es ninguna teoría y que carece de una teoría propia del desarrollo social, puede ponerse más o menos en consonancia con cualquier teoría socialista.

Es, por ejemplo, un hecho extremadamente interesante el que, como ya puso Friedrich Engels de relieve, el primer manifiesto en el que los obreros franceses aceptasen el "comunismo alemán" como la teoría del socialismo científico, fuese precisamente el programa de los blanquistas franceses del año 1874, mencionado más arriba.<sup>28</sup>

Aun cuando inicialmente las concepciones básicas del "comunismo alemán" (el materialismo histórico, la teoría de la lucha de clases y la teoría del desarrollo gradual de la sociedad) armonizasen poco con la táctica de la arbitraria "ejecución" de la revolución y con la creencia en la omnipotencia del poder político, para el socialismo francés de todos modos esa unión fue un enorme progreso que inauguró una nueva época en la historia de esa influyente fracción del movimiento obrero de Francia.

A partir de aquel momento los blanquistas franceses fueron aproximándose cada vez más a la Socialdemocracia, no sólo en la teoría sino también en lo referente a la concepción de las tareas inmediatas. Ya en los años noventa el partido de Édouard Vaillant era "blanquista" sólo por el nombre, siendo en realidad un partido plenamente socialdemócrata. La reciente fusión completa de esta organización con el partido de los marxistas franceses ha venido a consumar la evolución natural de un camino iniciado por los blanquistas ya en los años setenta.

Para el socialismo polaco, sin embargo, cuyo punto de partida había sido el "comunismo alemán" a comienzos de los años ochenta, la unión de la teoría marxista con la táctica blanquista de la *Narodnaia Volia* no fue ningún paso adelante en su propia evolución ni le dio la primacía en el seno del socialismo ruso de la época. Antes bien, el socialismo polaco perdió en comparación con el ruso mucho en cuanto a homogeneidad interna y a consecuencia.

De hecho, si bien es cierto, como decíamos, que el blanquismo no se convirtió en su propia patria, en Francia, en ninguna teoría de la sociedad, carencia ésta que le obligaba a acoger teorías extrañas e incluso contradictorias con su propia esencia, la única excepción de la que podemos hablar a este respecto es, precisamente, el socialismo ruso.

Aquí, a causa de la coincidencia de una serie de circunstancias particulares, la táctica blanquista se hizo por primera y única vez en su historia con una teoría específica del desarrollo social que le dio (al menos aparentemente) una determinada base material, una especie de concepción del mundo, histórica y social, cerrada. Esta base fue precisamente la teoría del "Narodnitschestvo".

El blanquismo se sustentaba, como sabemos, en la suposición de que el derrocamiento del sistema de gobierno establecido y la implantación del socialismo es posible a voluntad, pero sin

---

<sup>28</sup> "El segundo punto del programa" [de este grupo, escribe Engels] "es el comunismo. Aquí nos sentimos ya como en casa, pues el barco en el que navegamos se llama "Manifiesto del Partido Comunista, publicado en febrero de 1848". Ya en otoño de 1872, los cinco blanquistas separados de la Internacional habían adoptado un programa socialista que era, en todos los puntos esenciales, el del actual comunismo alemán; su separación de la Internacional se basaba sólo en el hecho de que ésta se negó a jugar a la revolución a la manera que ellos propugnaban. Hoy, el Consejo de los treinta y tres adopta este programa con su interpretación materialista de la historia, aun cuando la traducción de dicho programa al francés blanquista deja bastante que desear allí donde no se ha reproducido literalmente el texto del Manifiesto" (*Internationales aus dem Volksstaat*, lugar citado., p. 44).

poder invocar para ello ninguna otra legitimación más que el decisivo poder de la violencia política. La teoría del “Narodnitschestvo” llenaba felizmente esta laguna si no con una teoría general de la sociedad sí al menos con la teoría específicamente rusa de la “obstchina”.

Viendo los populistas en los restos de la propiedad comunal rusa, lo cual, *nota bene*, como ya hace tiempo lo han demostrado investigaciones científicas, es un sistema puramente estatal, fiscal, ligado a la servidumbre, viendo pues los populistas en esos restos la base natural de la economía y el alma del campesinado ruso, pensaban ellos haber encontrado en los restos de la “obstchina” el punto de Arquímedes para la inmediata implantación del socialismo en Rusia. La posibilidad de eludir todas las fases de desarrollo en el espíritu de la acción blanquista encontró aquí por tanto su aparente justificación en la peculiar conformación de la agricultura rusa, con respecto a la cual el desarrollo de la producción capitalista y de la sociedad burguesa parecía ser casi una desviación del camino más inmediato y breve hacia el socialismo.

Al tomar la *Narodnaia Volia* esta explicación del desarrollo social de Rusia de los populistas, su concepción de la acción inmediata y de las tareas del socialismo se colocó, por así decir, en suelo firme. Hasta qué punto la teoría del camino peculiar de Rusia era falsa lo sabemos ya gracias al multilateral análisis contenido en las publicaciones del grupo ruso “Osvoboshdenije”. Pero de lo que se trata aquí no es de si esas concepciones son o no correctas, sino de su concordancia con la táctica peculiar de los terroristas rusos.

De hecho, si la base económica y social para la realización del ideal socialista estaba ya dada (bajo la forma de la “obstchina”) en el marco de la sociedad rusa, no se necesitaba naturalmente más que controlar la maquinaria estatal y suprimir el obstáculo para el desarrollo espontáneo del socialismo, es decir, la autocracia. Si, de otro lado, el ideal comunista se hallaba ya inscrito como un instinto natural e innato en el espíritu y en el alma del pueblo, entonces al partido socialista no le quedaba más que llamar al pueblo a la toma del poder y de las decisiones; cualquier agitación particular destinada al esclarecimiento y a la organización de las masas era superflua.

De este modo, la táctica de la *Narodnaia Volia* formaba con su fundamental teoría del desarrollo histórico peculiar de Rusia, en cierto modo, una unidad cerrada. La situación era completamente distinta en el caso del partido “Proletariada”. Aquí la táctica estaba abiertamente en contradicción con los principios generales del socialismo que el partido aceptaba y propagaba.

Si los socialistas rusos querían alcanzar el socialismo por medio de la “obstchina” saltando por encima de toda la época de la sociedad burguesa, los socialistas polacos, que por su parte derivaban la justificación de su existencia del sistema capitalista que imperaba en las relaciones económico-sociales de la Polonia del Congreso, lo que querían era saltar por encima de la fase parlamentario-burguesa que es la consecuencia natural y el correlato político de la economía capitalista desarrollada.

Mientras la *Narodnaia Volia* especulaba con la existencia de ideas comunistas innatas en el campesinado ruso, el “Proletariado”, que de todos modos contaba con la formación de una conciencia socialista entre el proletariado industrial polaco, desechaba al mismo tiempo las condiciones políticas bajo las que podía desarrollarse (y sólo bajo ellas) correctamente esa conciencia en la lucha de clases. De este modo, la concepción marxista del mundo en vez de venir a demostrar la superioridad del socialismo polaco sobre el socialismo “innato” ruso, lo que hizo fue destacar en él toda una serie de contradicciones internas.

De otro lado, la contradicción que resultaba de la unión de la táctica blanquista con la teoría del socialismo científico tenía que producir, dadas las peculiares formas políticas del zarismo bajo las que actuaba el “Proletariado”, resultados completamente opuestos a los de Francia. En Francia, al ser el campo de acción del socialismo los años setenta y después la Tercera República, es decir, una formación burguesa en su más pleno desarrollo político, el desdén blanquista hacia los “torneos parlamentarios” y análogos “compromisos” tenía que quedarse, dada la existencia de todas las condiciones para una extensa lucha de clases diaria, en una mera frase más o menos inofensiva. Aquí la teoría, a la que los socialistas se veían inconscientemente conducidos paso a paso por la praxis de la vida política y de la tempestuosa

lucha de clases cada vez más desarrollada, tenía que vencer después de un tiempo y eliminar la táctica que la contradijese. Esto, como ya hemos dicho, ocurrió también realmente.

En la Polonia del Congreso, por el contrario, en las condiciones del gobierno absolutista del zar, el desdén hacia el “liberalismo burgués” no era expresión de la decepción, más exactamente, de la insuficiente comprensión del valor histórico de las formas democráticas ya conseguidas, sino expresión de la indiferencia con respecto a llegar a conseguir las.

Pero dado el hecho de que precisamente la eliminación del zarismo y la conquista de formas democráticas es una cuestión vital para el movimiento socialista en el estado ruso, la táctica del “Proletariado”, que marginaba desgraciadamente esta cuestión vital, estaba llamada a tener una influencia decisiva. A diferencia de la historia de los blanquistas franceses, en el caso polaco la táctica estaba destinada a anular la idea que se propagaba y que estaba en contradicción con ella o, por decirlo con mayor exactitud, iba a remodelar todos los conceptos de la teoría a su conveniencia.

La tarea del historiador y del crítico de las teorías sociales sería en realidad muy sencilla y simple si las palabras y los conceptos tuviesen siempre los mismos contenidos de ideas, por así decirlo cristalizadas, si los conceptos fuesen medios de pago para valores ideales siempre idénticos. En realidad las cosas son completamente distintas y en cierto modo podría decirse, aun cuando suene a paradoja, que nada da una imagen más inexacta del contenido ideal del pasado de un partido que sus propias palabras.

Si alguien quisiese enjuiciar al partido “Proletariado” sólo en base a las ideas acerca de los fundamentos y de las tareas del socialismo que aparecían en sus publicaciones, quedaría sorprendido por el énfasis con el que hasta el final repetía formulaciones sacadas del vocabulario teórico del marxismo. Pero como ya sabemos de qué forma concreta aplicaba el “Proletariado” sus principios generales y conocemos las conclusiones que de ello sacaba para su actividad, sabemos que con el tiempo se llegó a que el partido expresase en lenguaje marxista contenidos completamente no-marxistas.

El “Proletariado” reconocía, siguiendo al “Manifiesto Comunista”, que la verdadera base para el movimiento socialista y para la realización del socialismo es la “sociedad burguesa”. Pero por ésta entendía únicamente el aspecto económico (la forma de producción capitalista) y no también el político (el dominio inmediato de la burguesía en el gobierno y en la legislación). Al mismo tiempo contemplaba la existencia de la economía capitalista en determinadas proporciones como la base del socialismo, pero no su evolución. Consideraba el capitalismo como estado, no como proceso.

El “Proletariado” reconocía también la organización de la clase obrera como la garantía de la realización de la revolución socialista. Pero por organización entendía la conjunción de las masas obreras sólo en el momento de la revolución social, no para la lucha cotidiana contra las clases dominantes. Consideraba posible la organización de las masas por medio de la propagación de la idea de la inevitabilidad de la revolución, pero no la organización gradual durante la lucha por los intereses de todos los días. En una palabra: entendía la organización de la clase obrera como el producto artificial de la agitación socialista y no como el producto natural, histórico, de la lucha de clases a la que la agitación socialista no hace sino aportar la consciencia.

El “Proletariado” aceptaba ciertamente la “lucha de Clases” en tanto que el alfa y el omega del socialismo, pero por ella entendía principalmente la lucha del proletariado contra la burguesía bajo la forma de una revolución, confundiendo de este modo un momento del proceso histórico con el proceso en su conjunto.

Consecuentemente con todos estos cambios en los conceptos, también el de “revolución social” significaba para el “Proletariado” algo completamente distinto que para la Socialdemocracia. Para él significaba no el resultado político de la madurez de las fuerzas productivas haciendo saltar los grilletes del capitalismo, sino únicamente el resultado de una aplicación arbitraria de la violencia política por parte de una pequeña minoría de socialistas que arrastran al pueblo por el descontento de éste con el orden establecido y por su ansia de un cambio que mejore su situación.

De este modo, en el curso del gradual cambio que se operó en los socialistas polacos, sus concepciones teóricas iniciales se convirtieron en un pensamiento en el que el verdadero contenido había desaparecido por completo y había sido llenado con contenidos blanquistas.

## VII

Como es usual en estos casos, cuanto menos caían en suelo favorable las concepciones tácticas que el "Proletariado" había hecho suyas, cuanto menos posibilidades de aplicación encontraban, tanto más crispadas y estentóreas se expresaban esas mismas concepciones tácticas en las consignas difundidas por el partido. Particularmente al desaparecer con el tiempo de la escena, a causa de la persecución policíaca, la vieja generación de activistas del "Proletariado", cuando la agitación del partido se hizo más débil en el país y a pesar del sacrificio de todas las fuerzas de individualidades valientes que lucharon hasta el final por la bandera del "Proletariado" esa agitación tuvo necesariamente que reducirse a un estéril trabajo a mínima escala, entonces se extendió con rapidez en la literatura del partido la frase "revolucionaria" vulgar despojada de cualquier reflexión teórica de mayor profundidad. Ya la *Przedswit* de 1885 acogió una apoteosis completamente hueca de la violencia al indagar, por ejemplo, en nueve largas columnas la cuestión de la ejecución del rey y discutir con toda seriedad el problema de si había que matar al soberano inmediatamente al comienzo de la revolución como culminación de un juicio popular o si era más práctico empezar la revolución ya con la ejecución del soberano.<sup>29</sup>

Sin duda ningún socialista, con la excepción de gentes fantasiosas del tipo de Bernstein, se entrega hoy a la ilusión de que una revolución política cualquiera, pero sería, y menos todavía una revolución socialista es posible hacerla por la vía "legal" y pacífica, sin hacer uso de la violencia para derrocar el poder contrarrevolucionario. Nadie negará tampoco que en una época revolucionaria puede presentarse la necesidad de eliminar una testa coronada, como fue el caso de Luis XVI, quien incurriendo en alta traición conspiraba con el enemigo exterior del país, con lo que se había convertido en el punto de apoyo del partido contrarrevolucionario y en un serio peligro para la suerte de la revolución. Pero declarar a priori el "llevar al patíbulo a las dinastías reinantes" como atributo inevitable e importantísimo de toda revolución popular es indudablemente una idea original. Sin quererlo se piensa en las palabras que una vez pronunciara Engels refiriéndose a los excesos revolucionarios de los blanquistas franceses: "A tales chiquilladas se llega cuando gentes en el fondo de buen corazón se sienten llamadas a hacer valer terriblemente una necesidad imperiosa." Pero la "chiquillada" de los revolucionarios polacos en el exilio tenía de todos modos una causa mejor. Por medio de estas ideas terriblemente "revolucionarias" penetraba la luz de la esperanza en el muy próximo "estallido" de la revolución social (¡en el zarismo ruso!) y, más todavía, la creencia manifiesta en que, sobre todo, una aplicación suficiente y adecuada de la violencia constituía la garantía de que la revolución triunfaría. Los detalles de la aplicación de la violencia física en la revolución futura, que desde el punto de vista del avance hacia el socialismo son de momento una cuestión bastante secundaria y que de hecho hoy no suponen ya para los adultos ningún problema de investigación, esos detalles jugaban para los conspiradores el papel de mayor importancia. La fe en la omnipotencia del elemento político, que constituye el punto de partida del blanquismo, adopta en una agitación vulgarizada la forma de la fe en la omnipotencia de la pura prepotencia física: barricadas, "efusiones de sangre", "guadañas y tridentes".

Un síntoma no menos característico es también, por ejemplo, la segunda idea que aparecía en el *Przedswit* de aquella época, a saber: su agitación en favor de la "formación especializada" de los trabajadores con la finalidad de capacitarles para la organización de la producción "a la mañana siguiente de la revolución". 30

---

<sup>29</sup> Véase el artículo "Cómo deberían acabar los reyes" (*Przedswit*, núms. 6, 7 y 8, 1885). En lo referente al nivel político, el artículo corre parejas con un interesante poema que apareció ya en el *Przedswit* del 1 de octubre de 1883.

Los teóricos del *Przedswit* no comprendían que desde el punto de vista técnico la producción socialista madura ya en el seno del capitalismo, que a consecuencia de esto el proletariado victorioso torna su organización en forma ya acabada de la sociedad burguesa para seguir construyendo sobre la base históricamente dada, reformar las relaciones de propiedad, etc. Por esta razón suponían, probablemente, que “después de la revolución” habría que hacer algo así como *tabula rasa* de la economía anterior y que sobre sus cimientos había que organizar una nueva producción siguiendo el plan pensado “mejor”, con fuerzas unificadas (los actuales zapateros, carpinteros, cerrajeros, etc.).

Esto no es más que la trasposición a la esfera económica de la concepción puramente mecánica de la revolución socialista y de su “ejecución” artificial que se sustentaba en la esfera política. Y no se sabe qué evidencia más crasamente la ruptura completa con la teoría del desarrollo social y con el materialismo histórico, si la suposición de que la “revolución” y la victoria del proletariado sean posibles antes de que el proceso productivo haya llegado a tal grado de socialización y las fuerzas productivas estén tan desarrolladas como para que baste un acto político de la revolución para hacer saltar los grilletos de la sociedad burguesa que los entorpecen, o la creencia en que el “plan” de esa organización socialista de la producción puede pensarse ya ahora en cualquier momento y aplicado especialmente a cualquier sector de la producción.

La preocupación por la preparación puntual de técnicos para el orden social futuro es la consumación lógica de la preocupación por los “patibulos” para las dinastías actualmente reinantes; todo esto no da sino la imagen de la más completa degradación de la teoría socialista llevada hasta las planicies de la vulgaridad.

Después de 1886 el grupo editor en el extranjero de *Przedswit* y de *Walka klas*, abandonado a su propia suerte, empezó, como un resorte que se hubiese soltado de su mecanismo, a saltar de arriba a abajo por las más contradictorias concepciones teóricas con tiempo para chapotear entre unas y otras durante una temporada (como por ejemplo en el folleto titulado “A los oficiales del Ejército ruso”) incluso en el fango del paneslavismo común para luego agitarse cada vez más furiosamente, apuntarse a todas las modificaciones de las convicciones políticas, hasta que finalmente, con tremendo impulso, se salió de la antigua vía para dar una vistosa pirueta en el aire e ir a clavarse definitivamente en el cieno del nacionalismo. Pero la suerte del *Przedswit*, a partir de los años 1886/1887, no pertenece ya a la verdadera historia del movimiento socialista polaco sino, más bien, a la historia de los desvaríos del exilio.

La evolución ideológica del socialismo polaco durante el primer período finaliza propiamente en el año 1884, es decir, en el momento en que el giro del partido “Proletariado” hacia el blanquismo muestra todas sus consecuencias.

El último rayo de luz proyectado sobre la imagen de la historia espiritual del partido “Proletariado” y que recuerda la época de florecimiento inicial del socialismo polaco son las últimas palabras de Warynski, pronunciadas por él no en medio de la febril actividad de una revista de partido o ante una asamblea de revolucionarios, sino después de una estancia de 28 meses en la cárcel, rodeado por un tropel de gendarmes y confidentes, en la sala donde se le juzgó en 1885.

De este discurso parece poder deducirse con toda certeza que al menos este destacado representante del pensamiento socialista de Polonia no experimentó personalmente el cambio radical en cuanto a ideas políticas que es posible constatar en el movimiento socialista polaco de aquella época. Nos faltan desgraciadamente datos que nos permitan separar con claridad el pensamiento y la actividad de Warynski de la actividad colectiva de su grupo, de modo que no nos es posible fijar con exactitud su actitud con respecto a la evolución claramente blanquista que se hizo perceptible durante su libertad en el año 1883. Nos parece improbable la suposición de que ante estos fenómenos Warynski se pudiese mantener completamente alejado de la influencia de la *Narodnaia Volia*. Entre los documentos del proceso de los “Proletarios” no nos han quedado, en particular, testimonios de sus ideas de entonces acerca de las tareas políticas de los socialistas. Pero de la redacción de su discurso, que se encuentra entre estos documentos, se deduce con plena seguridad que Warynski no dio ni el menor paso encaminado a la vulgarización de la teoría socialista en sus rasgos esenciales, que los funda-

mentos de su concepción del mundo fueron hasta el final las concepciones generales de la teoría marxista (con su verdadera profundidad y con toda su seriedad teórica).

Y lo que más salta a la vista del discurso de Warynski es sobre todo su característica acentuación del papel activo de la clase obrera en el movimiento socialista, su acentuación de la lucha de clases cotidiana.

“Al pisar la clase obrera la arena política”, dice Warynski, “debería oponer organización a organización y dirigir la lucha por determinados ideales contra el orden social establecido. Esta es la tarea de la clase obrera en lucha bajo la bandera del socialismo. Ella es la contrapartida de otras clases sociales y frena las tendencias reaccionarias. El partido obrero aspira a una transformación radical del orden social y conduce al mismo tiempo los trabajos preparatorios para ello. Su deber consiste en impulsar a los trabajadores a una consciente percepción de sus intereses y en llamarles a que defiendan con tenacidad sus derechos. El partido obrero despierta la disciplina de la clase obrera, la organiza y la conduce a la lucha contra el gobierno y las clases privilegiadas.”

Es característico el hecho de que Warynski sólo hable del terror como de un instrumento en la lucha diaria por la consecución de condiciones más libres para la organización y la acción de masas. Sin embargo, niega categóricamente el papel del terror como medio para la realización de la revolución social: “Tener que actuar violentamente”, dice, “es una consecuencia triste, pero inevitable, del defectuoso orden social actual. El terror económico no es en modo alguno medio para cumplir nuestras tareas sociales; pero en determinadas condiciones es el único medio de que se dispone en la lucha con todo lo malo que hay en el sistema social actual.”

Aún cuando esta consideración de la táctica de la lucha económica era completamente equivocada, no hay duda alguna de que también en este punto las ilusiones de Warynski con respecto a los resultados positivos del terrorismo no provenían de que viese la lucha socialista con ojos de conspirador, sino surgían de una errónea evaluación de los métodos prácticos de la lucha de clases. Como prueba puede servir el hecho de que Warynski cite la táctica inicial de los sindicatos ingleses a comienzos del siglo pasado. Esta táctica era el resultado de las condiciones políticas que entonces reinaban en Inglaterra y que hacían imposible la organización abierta y la lucha sindical. Y al mismo tiempo esa táctica era un método para la consecución de las libertades necesarias para esa lucha.

No obstante la importancia recae sobre todo en el énfasis que pone Warynski en su discurso en el papel de los elementos objetivos del desarrollo social peculiar. A la vista de este desarrollo al partido socialista le correspondía jugar principalmente el papel de esclarecedor del sentido histórico de la lucha de clases impulsada por la clase obrera.

“Sabemos”, decía “que los antagonismos sociales crecientes y que los tumores pestilenciales que se extienden en el cuerpo social conducirán inevitablemente a un estallido. Sabemos también qué terrible desolación se desata cuando la miseria de las masas populares se lleva a los límites extremos de la desesperación y se lanzan con fuerza irresistible los elementos salvajes contra el orden establecido. Precisamente por ello es tarea nuestra preparar a la clase obrera para la revolución, hacerla consciente de su movimiento, incorporarla al cuadro de la disciplina del partido y formular un programa determinado de medios y fines.”

“No estamos por encima de la historia; estamos sujetos a sus leyes. La revolución a la que aspiramos es para nosotros el resultado de la evolución histórica y de las condiciones sociales. La hemos previsto y nos esforzamos porque no nos encuentre desprevenidos.”

De forma completamente categórica rechaza por fin Warynski la táctica de la preparación inmediata de la revolución social, del “estallido”.

“Hemos organizado”, decía, “a la clase obrera para la lucha contra el orden social actual. No hemos organizado ninguna revolución, sino hemos organizado para la revolución.”

Después de caracterizar los fines y los principios del partido “Proletariado” exclamaba Warynski: “¿Puede decirse de nuestra actividad que constituya una conspiración, que haya



sido urdida con el objetivo de proceder a un derrocamiento violento del orden estatal, económico y social existente?”

En base a nuestro análisis sabemos ya que en el momento en el que Warynski pronunciaba estas palabras, su partido se encontraba muy alejado de las ideas por él expuestas. La idea matriz de la actividad de Warynski, es decir, la unificación ideológica del socialismo polaco con el socialismo ruso conducía, una vez llevada a efecto, después de la fundación del partido “Proletariado”, a consecuencias que ya eran visibles en su época. Sin embargo, Warynski ni las previó ni fue consciente de ellas.

Pero si contemplamos en la actualidad la historia del partido “Proletariado” en su conjunto, reconocemos en ella una evolución completamente lógica.

Las relaciones sociales de Polonia, conformadas por un capitalismo fuertemente desarrollado y por la influencia europeo-occidental, condujeron al socialismo polaco ya en 1881 a puntos de vista socialdemócratas. El principio del programa común y de la unidad de acción con el socialismo ruso que se derivaba de esa perspectiva socialdemócrata expuso al socialismo polaco en los años ochenta a la influencia de la *Narodnaia Volia*. Esta influencia lo situó en una vía blanquista que había de significar para él, junto al socialismo ruso, la desaparición al cabo de pocos años.

Con ello se cierra el primer capítulo de la historia de la ideología socialista en Polonia; las consecuencias que de esto meden extraerse *a priori* con toda certeza son, en caso de que el socialismo polaco vuelva a levantar cabeza y para seguir las propias tendencias de su desarrollo interno, las que corresponden a las condiciones sociales de la Polonia del Congreso: ha de retornar a las posiciones socialdemócratas; por otro lado, puede afirmarse que el desarrollo del movimiento socialdemócrata quedará asegurado para siempre en la Polonia del Congreso sólo cuando el socialismo ruso se sitúe igualmente en el terreno de la Socialdemocracia.

La primera de estas condiciones ha sido cumplida en los años de estancamiento del movimiento socialista que sobrevinieron tras la disolución de la *Narodnaia Volia* cuando el socialismo polaco, liberado de las influencias de las teorías “autóctonas” rusas, se convirtió ya a comienzos de los años noventa en un movimiento de masas llegando pronto (en el año 1893) a plasmarse formalmente con la organización de la Socialdemocracia del Reino de Polonia.

La segunda condición ha sido realizada por el movimiento de masas del proletariado industrial de Rusia, el cual, surgido a mediados de los años noventa, ha arrebatado de una vez por todas cualquier base material a las teorías “nativas” del socialismo, teorías que hasta ya mucho tiempo que habían sido refutadas por la crítica de los marxistas rusos. El proletariado industrial ha creado para un partido socialista una firme base en Rusia.

## MILITARISMO, GUERRA Y CLASE OBRERA

(Palabras pronunciadas ante el Tribunal de Frankfurt)

20 de febrero 1914.

Mis abogados defensores han demostrado jurídicamente de sobra la nulidad de hecho de los cargos de la acusación. Yo, por tanto, quisiera considerar la acusación desde un punto de vista diferente. Tanto en la exposición oral a que ha procedido hoy el Señor Fiscal como en su acta escrita de acusación juega un gran papel no sólo la literalidad de mis manifestaciones que han sido incriminadas sino, todavía más, la *interpretación y la tendencia* presuntamente inherentes a tales palabras. Repetidamente y con el mayor énfasis ha subrayado el señor Fiscal lo que, según él, yo *sabía y quería* mientras formulaba mis manifestaciones en aquellos mítines. Ahora bien, sobre ese momento psicológico interno de mi discurso, sobre mi conciencia, nadie es, desde luego, más competente que yo y sobre todo nadie sino yo puede dar explicaciones completas y fundamentadas.

Ya desde este momento quiero hacer notar que estoy plenamente dispuesta a darle al Señor Fiscal y a ustedes, Señores Jueces, explicaciones detalladas. Y para ir directamente a la cuestión principal quiero dejar desde ahora bien sentado que lo que el Señor Fiscal, apoyándose en las declaraciones de sus testigos de cargo, ha descrito aquí como mis pensamientos, mis intenciones y mis sentimientos no ha sido sino una *banal y vulgar caricatura tanto de mi discurso como del procedimiento de agitación socialdemócrata en general*. Al escuchar las afirmaciones del Fiscal no pude sino reírme y pensar para mis adentros: de nuevo un ejemplo típico de la poca cultura formal que hace falta para entender las ideas socialdemócratas, para entender nuestro pensamiento en toda su complejidad, finura científica y profundidad histórica cuando la pertenencia de clase coloca obstáculos para acceder a aquélla. Si hubiesen preguntado, Señores Jueces, al trabajador más simple e inculto de los miles que acuden a mis mítines, les habría mostrado un cuadro completamente diferente, una impresión totalmente distinta, de mis manifestaciones. Sí: los hombres y las mujeres sencillos del pueblo trabajador están mucho mejor preparados para captar un pensamiento, el nuestro, que se refleja en el cerebro de un Fiscal prusiano, como en un espejo convexo, caricaturizado. Quiero demostrar esto profundizando más en algunos puntos.

El Señor Fiscal ha repetido en varias ocasiones que aun antes de llegar a pronunciar las palabras que han sido incriminadas y que constituyeron, supuestamente, el punto culminante de mi discurso estuve "soliviantando sin medida" a los miles de personas presentes en aquel mitin. A esto tengo que replicar: *¡Señor Fiscal, nosotros los socialdemócratas no nos dedicamos a soliviantar!* Porque, ¿qué quiere decir "soliviantar"? ¿Acaso intenté azuzar a los

reunidos diciéndoles: Cuando lleguéis como alemanes en tiempo de guerra a un país enemigo, por ejemplo a China, devastadlo todo de manera que en cien años ningún chino se atreva a mirar de reojo a un alemán? Si hubiese hablado así, sí que habría soliviantado a la concurrencia. ¿O es que acaso intenté instilar entre las masas reunidas el oscurantismo nacional, el chovinismo, el desprecio y el odio hacia otras razas y pueblos? Eso sí que habría sido soliviantar.

Pero es que no hablé así; jamás hablaría así un socialdemócrata con educación. Lo que yo hice en aquel mitin de Frankfurt y lo que nosotros, los socialdemócratas, hacemos continuamente de palabra y por escrito es *esclarecer, hacer conscientes a las masas trabajadoras de sus intereses de clase y de sus tareas históricas*, poner ante ellas de manifiesto las grandes líneas del desarrollo histórico, las tendencias que muestran las transformaciones económicas, políticas y sociales que se producen en las entrañas de nuestra sociedad actual y que conducen, con férrea necesidad, a que un día, llegados a un cierto nivel de desarrollo, el orden social establecido se vea desplazado y en su lugar se coloque el orden social superior, socialista. Así agitamos nosotros, así elevamos nosotros, a través de la acción ennoblecedora de la perspectiva histórica, sobre cuyo suelo nos colocamos, la vida moral de las masas. Sobre la base de estos mismos grandes puntos de vista conducimos (porque entre nosotros, socialdemócratas, todo se agrega hasta constituir una visión del mundo armónica, coherente, científicamente fundamentada) también nuestra *agitación contra la guerra y el militarismo*. Y si el Señor Fiscal con sus miserables testigos de cargo no entiende todo esto más que como un simple empeño de soliviantar, hay que decir que la tosquedad y el simplismo de su modo de ver es consecuencia, única y exclusivamente, de la *incapacidad del Fiscal para pensar en moldes socialdemócratas*.

Por otra parte, el Señor Fiscal ha aludido más de una vez a mis presuntas instigaciones al *“asesinato de superiores jerárquicos”*. Esas instigaciones veladas, pero comprensibles para cualquiera, al asesinato de oficiales tendrían que sacar a la luz, muy particularmente, la negrura de mi alma y lo altamente peligrosas que son mis intenciones. Ahora bien, les ruego que acepten por un momento incluso que las palabras que se han puesto en mi boca son las verdaderas. En ese caso, tras pensarlo un poco no tendrán más remedio que reconocer que el Fiscal en verdad (con la loable intención de pintarme con los tonos más negros posibles) ha desvariado a este respecto con exceso. Porque, ¿en qué circunstancias y contra *qué* “superiores” habría yo instigado a matar? El acta de acusación misma dice que yo habría preconizado para Alemania el *sistema de milicias* y abría definido como lo esencial de ese sistema la obligación por parte de los milicianos de llevarse a sus casas (como ocurre en Suiza) el armamento ligero. Y entonces (entiéndase bien: *entonces*) habría añadido la observación de que las armas también podrían volverse en alguna ocasión en una dirección distinta a la deseada por los detentadores del poder. La cosa está, pues, clara: el Señor Fiscal me inculpa de haber instigado al asesinato no de los oficiales del Ejército alemán actual sino *¡contra los superiores de las milicias alemanas del futuro!* Nuestra propaganda a favor del sistema de milicias es atacada de la forma más dura y a mí misma se me cuenta en la acusación como delito. Y justo en estas condiciones el Fiscal se siente en el deber de asumir la defensa de la vida por mí amenazada de los oficiales de ese denostado sistema de milicias. Un paso más y el Señor Fiscal, en el ardor de la batalla, presentará contra mí la acusación de *¡instigar a atentados contra el presidente de la futura República Alemana!*

*Pero ¿qué dije yo en realidad acerca del llamado asesinato de superiores jerárquicos? ¡Algo completamente distinto!* En mi discurso hice referencia al hecho de que los defensores oficiales del militarismo actual suelen justificar éste acudiendo a la frase de la necesaria defensa de la patria. Pero si se tratase en verdad de un interés de la patria entendido con franqueza y sinceridad (seguí diciendo) las clases dominantes no tendrían otra cosa que hacer más que llevar a la práctica el viejo punto del programa socialdemócrata que exige un sistema de milicias. Porque este sistema es la única garantía segura de defensa de la patria, ya que sólo el pueblo libre que se enfrenta por propia decisión contra el enemigo constituye el único bastión suficiente y digno de confianza para la defensa de la libertad y la independencia de la patria. Sólo entonces podría decirse: ¡Patria querida, puedes estar tranquila! ¿Por qué razón, pregunté, los defensores oficiales de la patria no quieren saber nada de este sistema de defensa, el único eficaz? Sólo porque lo que a ellos les importa precisamente no es en primer lugar, ni en segundo, la defensa de la patria: sino la guerra imperialista de conquista, para la

cual la milicia no sirve. Y por otra parte, las clases dominantes tienen sus temores en poner las armas en manos del pueblo trabajador por la razón de que su mala conciencia de explotadores les hace recelar que las armas también podrían volverse en alguna ocasión en una dirección distinta a la deseada por los detentadores del poder.

O sea: lo que yo formulé en su momento como los *temores de las clases dominantes* ¡se me imputa ahora por el Fiscal, en base a la palabra de sus torpes testigos de cargo, como si se tratase de mi propia exhortación! Aquí tienen una muestra más de la confusión que ha creado en su cerebro la incapacidad absoluta de seguir el pensamiento socialdemócrata.

Es igualmente falsa la afirmación de la acusación que pretende que yo ponderé el *ejemplo holandés*, en cuyo ejército colonial están facultados para matar al oficial que les maltrate. En realidad hablé en aquel momento, en relación con el militarismo y los malos tratos a los soldados, de nuestro inolvidable dirigente Bebel y recordé que uno de los más importantes capítulos de su actividad fue la lucha que llevó en el Reichstag en contra de los malos tratos a los soldados, citando como ilustración de estos diversos discursos de Bebel que pueden encontrarse en las actas taquigráficas de los debates del Reichstag (las cuales, hasta donde llega mi información, están legalmente autorizadas) y entre esos discursos hice referencia a lo que Bebel dijo, en el año 1893, acerca de los usos en el ejército colonial holandés. Como ven, Señores, también a este respecto el celo puesto por el Señor Fiscal le ha gastado una mala pasada: tendría que haber dirigido su acusación, en cualquier caso, no contra mí sino contra otra persona.

Pero pasemos ya al punto capital de la acusación. El Señor Fiscal deriva su cargo principal, es decir, *la afirmación* de que en las manifestaciones mías que fueron incriminadas *yo exhortaba a los soldados a desobedecer en caso de guerra las órdenes y a no disparar contra el enemigo*, de una deducción que a él le parece evidentemente de una fuerza demostrativa irrefutable y de una lógica concluyente. En su deducción procede el Señor Fiscal del siguiente modo: dado que yo agitaba contra el militarismo, dado que quería impedir la guerra, obviamente no podía seguir otro camino ni imaginar otro medio más eficaz que exhortar directamente a los soldados diciéndoles: Cuando se os ordene disparar, ¡no disparéis! Pues no es verdad, Señores Jueces, ¡qué conclusión más poco convincente, qué lógica más irresistible! Permítanme que lo diga con toda claridad: esa lógica y esa conclusión se derivan de la concepción propia del Señor Fiscal, no de la mía, no de la de la Socialdemocracia. Les ruego que en este punto presten la mayor atención. Yo digo: la conclusión de que el único medio eficaz para impedir las guerras consiste en dirigirse directamente a los soldados y exhortarles a que no disparen es una conclusión que en realidad no representa sino la otra cara de la concepción según la cual mientras el soldado obedezca las órdenes de sus superiores todo funcionará bien en el Estado; una concepción según la cual (por decirlo brevemente) el fundamento del poder estatal y del militarismo es la *obediencia ciega del soldado*. Esta concepción del Señor Fiscal cuadra perfectamente, por ejemplo, con las manifestaciones del más alto señor de la guerra, hechas públicas oficialmente, según las cuales el káiser dijo en la recepción al rey de los helenos, en Potsdam el 6 de noviembre del año pasado, que el éxito del ejército griego demostraba que “los principios sustentados por nuestro Estado Mayor y por nuestras tropas garantizan siempre, bien utilizados, la victoria”. *El Estado Mayor con sus “principios” y el soldado con su ciega obediencia*: tales son los fundamentos de la conducción de la guerra y la garantía de la victoria. Ahora bien, *los socialdemócratas no compartimos esta concepción precisamente*. Nosotros pensamos, contrariamente, que sobre la realización y el curso de las guerras no decide tan sólo el Ejército, las “órdenes” por arriba y la “obediencia” ciega por abajo. Sobre estas cuestiones *decide y ha de decidir la gran masa del pueblo trabajador*. *A nosotros nos parece que las guerras sólo pueden hacerse y hacerse mientras las masas trabajadoras o bien participan entusiastamente en ellas porque las ven como una causa justa y necesaria o bien, por lo menos, las soportan con paciencia*. Si, por el contrario, la gran mayoría del pueblo trabajador llega a la convicción (y *suscitar esa convicción, despertar esa conciencia, es justamente la tarea que nos marcamos los socialdemócratas*) cuando, digo, *la mayoría del pueblo llega a la convicción de que las guerras son un fenómeno bárbaro, profundamente inmoral, reaccionario y enemigo del pueblo, entonces las guerras se tornan imposibles*, ¡por más que de momento el soldado siga obedeciendo las órdenes de la superioridad! En la concepción del Fiscal, el *Ejército* es el partido que lleva adelante la guerra; en *nuestra concepción es todo el pueblo*. Es éste quien ha de decidir si se va o no a la guerra. Son las

masas trabajadoras integradas por hombres y mujeres, por viejos y jóvenes, quienes han de decidir el ser o el no ser del militarismo actual y no una pequeña parte de ese pueblo acogida al llamado pabellón del Rey.

He declarado todo esto porque tengo aquí en la mano una prueba ya clásica de que ésta es en realidad mi concepción, nuestra concepción de estos problemas.

Por una casualidad puedo contestar a la pregunta del Fiscal de Frankfurt acerca de *qué* quería decir cuando dije “*nosotros* no lo haremos”, con un fragmento de un discurso pronunciado por mí aquí en Frankfurt. El 17 de abril de 1910 hablé en el Circo Schuman ante unas 6.000 personas sobre la lucha por el sufragio en Prusia (como ustedes saben nuestra lucha estaba entonces en su punto álgido) y en el acta taquigráfica de aquel discurso encuentro en la página 10 lo siguiente:

“¡Queridos compañeros! He dicho que en la presente lucha por el sufragio, como en todos los importantes problemas políticos relacionados con el progreso en Alemania, nosotros estamos completamente solos. Pero ¿quienes somos “*nosotros*”? “*Nosotros*” somos, claramente, los millones de proletarios y proletarias de Prusia y de Alemania. Sí, pero nosotros somos algo más que una cifra. Nosotros somos los millones de cuyo trabajo vive la sociedad. Y basta con que este sencillo hecho eche firmes raíces en la consciencia de las más amplias masas proletarias de Alemania para que alguna vez llegue el momento en que se le pueda dejar claro a la reacción dominante en Prusia que el mundo puede pasárselas muy bien sin los junker del este del Elba y sin los condes centristas, sin consejos secretos y, en caso de necesidad, también sin Fiscales, pero que en cualquier caso no podría seguir existiendo ni veinticuatro horas si los trabajadores se cruzasen de brazos.”

Ya lo ven ustedes, aquí dejo bien claro donde vemos nosotros el punto clave de la vida política y de la suerte del Estado-: *en la consciencia, en la voluntad claramente formada, en la decisión de las grandes masas trabajadoras. Y exactamente igual entendemos la cuestión del militarismo.* Si la clase obrera piensa y decide no permitir las guerras, las guerras resultan imposibles.

Tengo todavía más pruebas de que nosotros entendemos así y no de otra manera la agitación sobre la cuestión militar. En verdad no puedo sino maravillarme: el Señor Fiscal se ha tomado la gran molestia de destilar de mis palabras por interpretaciones, suposiciones y deducciones arbitrarias de que modo me había propuesto yo enfrentarme a la guerra. Y, sin embargo, ante él había material probatorio para dar y vender. No conducimos nosotros nuestra agitación antimilitarista, como si dijésemos, en el secreto de la oscuridad, ocultamente, no; lo hacemos ante la más pública luz. Desde hace decenios la lucha contra el militarismo constituye un elemento importante de nuestra agitación. Ya desde los tiempos de la vieja Internacional viene siendo objeto de deliberaciones y resoluciones en casi todos los congresos tanto de la Internacional como del partido alemán. A este respecto el Señor Fiscal habría tenido a su disposición un riquísimo material del mayor interés. No puedo yo exponer ante ustedes, desgraciadamente, todo el material pertinente. Pero al menos permítanme que aduzca aquí lo más importante.

Ya el *Congreso de Bruselas de la Internacional* celebrado el año 1868 hace referencia a medidas prácticas para impedir la guerra. Dice en su resolución entre otras cosas:

“[dado] que los pueblos pueden ya ahora reducir el número de guerras oponiéndose a aquellos que las declaran y causan;

que este derecho les asiste sobre todo a las clases trabajadoras, ya que son casi las únicas que son llamadas al servicio militar, por lo que sólo ellas pueden aprobar o no las guerras; que disponen en este sentido de un medio eficaz, legal y por el momento realizable;

que la sociedad no podría en verdad vivir si la producción cesase por un tiempo, por lo cual los productores no tendrían sino que parar su trabajo para hacerles imposible su empresa a los gobiernos despóticos y personales;

resuelve el Congreso de la Asociación Internacional de Trabajadores reunido en Bruselas protestar del modo más enérgico contra la guerra e invita a todas las secciones de la Asociación en todos los países, así como a todas las uniones de trabajadores y organizaciones obreras sin distinciones, a actuar con el mayor celo para impedir la guerra de un pueblo contra otro, que sería, por ser una guerra entre productores, es decir, entre hermanos y ciudadanos, una guerra civil.

El Congreso aconseja a los trabajadores, en particular, que en caso de que se declare la guerra en su país, cesen el trabajo.”

No voy a pararme en las demás y numerosas resoluciones de la vieja Internacional y paso a los congresos de la nueva Internacional. El Congreso de *Zúrich* de 1893 declaró:

“La posición de los trabajadores con respecto a la guerra está claramente marcada por la resolución del Congreso de Bruselas sobre el militarismo. La Socialdemocracia revolucionaria internacional tiene el deber de oponerse en todos los países con todas sus fuerzas a las tendencias chovinistas de la clase dominante, estrechar cada vez más el vínculo de solidaridad que une a los obreros de todos los países y actuar sin descanso para acabar con el capitalismo, que ha dividido a la humanidad en dos campos enemigos, incitando a unos pueblos contra otros. Con la supresión del dominio de clase desaparecerá también la guerra. El final del capitalismo significará la paz mundial.”

El Congreso de *Londres* de 1896 declaró:

“Sólo la clase obrera puede tener seriamente la voluntad y dotarse de los medios para conseguir la paz mundial. Por lo tanto exige:

1. Supresión simultánea de los ejércitos permanentes en todos los Estados e introducción del armamento del pueblo.
2. Institución de un tribunal internacional de arbitraje cuyas sentencias tengan fuerza de ley.
3. Decisión definitiva y directa por el pueblo sobre la guerra o la paz en el caso de que los gobiernos no acepten las decisiones del tribunal de arbitraje.”

El Congreso de *París* de 1900 recomienda como método práctico de lucha contra el militarismo:

“que los partidos socialistas hagan suya la tarea de educar y organizar a la juventud en un espíritu de lucha contra el militarismo y cumplan este empeño con el mayor celo.”

Permítanme que cite todavía un paso importante de la resolución del Congreso de *Stuttgart* de 1907 en el que se sintetizaba ya de un modo muy gráfico toda una serie de actividades prácticas de la Socialdemocracia en la lucha contra la guerra. Dice así:

“El proletariado ha recurrido, de hecho, desde el Congreso internacional de Bruselas en su incansable lucha contra el militarismo con la *negativa de los medios para el armamento de tierra y mar* y con los esfuerzos por la *democratización de la organización militar* con una insistencia y un éxito crecientes a las más diversas formas de acción encaminadas a impedir el estallido de guerras o a finalizar las que se hayan declarado, así como a aprovechar el sacudimiento de la sociedad provocado por las guerras para la liberación de la clase obrera: tal ha sido el caso, por ejemplo, de los acuerdos de los sindicatos ingleses y franceses tras el caso Faschoda dirigidos a asegurar la paz y al restablecimiento de relaciones de amistad entre Inglaterra y Francia; de la actuación de los partidos socialistas en los parlamentos alemán y francés en el curso de la crisis de Marruecos; de las manifestaciones que con el mismo fin fueron organizadas por los socialistas alemanes y franceses; de la acción conjunta de los socialistas de Austria e Italia, que se reunieron en Trieste para prevenir un conflicto entre ambos estados; también de la enérgica acción de los trabajadores socialistas de Suecia para impedir un ataque contra Noruega; así como, finalmente, de los heroicos sacrificios y luchas de masas de los obreros y campesinos socialistas de Rusia y Polonia en la resistencia contra la guerra desencadenada por el zarismo, para poner fin a éste y para aprovechar la crisis para la

liberación del país y de las clases trabajadoras. Todas estas actuaciones testimonian el creciente poder del proletariado y su *creciente presión encaminada a asegurar el mantenimiento de la paz por medio de su decidida intervención.*”

Y ahora pregunto yo: ¿encuentran ustedes, Señores, en todas estas resoluciones y acuerdos siquiera una exhortación dirigida a que nos coloquemos delante de los soldados y les gritemos: ¡No disparéis! Y ello ¿por qué? ¿Acaso porque tengamos miedo de las consecuencias de este tipo de agitación, de los artículos correspondientes del código penal? Ay, ¡Pobres de nosotros si por temor ante las consecuencias dejásemos de hacer algo que hubiésemos llegado a considerar justo y necesario! No. No lo hacemos porque nos decimos: esos que están bajo el llamado pabellón del rey no son, en realidad, sino una parte del pueblo trabajador y cuando éste llegue al necesario convencimiento con respecto a lo reprobable de las guerras y advierta que éstas son un enemigo del pueblo, entonces también los soldados sabrán por sí mismos, sin necesidad de exhortaciones desde fuera, lo que tendrán que hacer cuando llegue el momento.

Como ven, Señores, nuestra agitación contra el militarismo no es tan pobre ni tan simplista como se la imagina el Señor Fiscal. Tenemos tantos y tan variados medios de intervención: *educación de la juventud* (que llevamos a cabo con celo y con éxito considerable a pesar de todas las dificultades que se ponen en nuestro camino), *propaganda del sistema de milicias, concentraciones de masas, manifestaciones de calle...* Finalmente, consideren el caso italiano. ¿Cómo han respondido allí los trabajadores conscientes a la aventura bélica de Trípoli? Con una huelga de masas demostrativa ejecutada del modo más brillante. Y ¿cómo reaccionó ante esto la Socialdemocracia alemana? El 12 de noviembre los trabajadores berlineses adoptaron en 12 asambleas una resolución *en la que se felicitaba a los compañeros italianos por la huelga de masas.*

¡Claro, *la huelga de masas!*, dice el Fiscal. Justo aquí cree haberme cogido una vez más en mis más peligrosas intenciones atentatorias contra el Estado. El Fiscal ha basado hoy su acusación muy especialmente en observaciones sobre mi agitación en favor de la huelga de masas, *con la que asoció las más siniestras perspectivas de revolución violenta, como sólo pueden existir en la fantasía de un fiscal prusiano.* Señor Fiscal: si viese en usted la más mínima capacidad de discernimiento en lo que se refiere al pensamiento de la Socialdemocracia, a una noble concepción de la historia, le replicaría, como expongo con éxito en todas las reuniones populares, que las huelgas de masas, en tanto que *período determinado del desarrollo de las condiciones actuales*, no se “hacen”, igual que no se “hacen” las revoluciones. Las huelgas de masas son una *etapa de la lucha de clases* a la que, en cualquier caso, conduce con necesidad natural nuestra evolución. Todo nuestro papel, de la Socialdemocracia, con respecto a ellas consiste en *hacer consciente a la clase obrera de esta tendencia del desarrollo*, para que los trabajadores estén a la altura de sus tareas y actúen como una masa popular educada, disciplinada, madura, decidida y enérgica.

Ya lo ven: una vez más, al introducir el Fiscal en la acusación el fantasma de la huelga de masas tal como él la entiende, quiere en realidad castigarme por sus ideas, no por las mías.

Y aquí quiero acabar. Sólo quisiera hacer otra observación. El Señor Fiscal ha dedicado en su exposición especialmente mucha atención a mi pequeña persona. Ha dicho de mí que soy el gran peligro para la seguridad del Estado e incluso no ha rehuído *descender al nivel de la demagogia* y llamarme “Rosa la roja”. Sí: *se ha atrevido incluso a sospechar de mi honorabilidad personal* al plantear la hipótesis de que huiría en el caso de que se pronuncie contra mí una sentencia condenatoria.

Señor Fiscal: voy a eludir, por lo que a mi persona hace, responder a todos sus ataques. Pero quiero decirle una cosa: *¡No conoce usted a la Socialdemocracia!* (El presidente interrumpe: “No podemos tolerar discursos políticos aquí”.) En el año 1913, por ejemplo, muchos de sus colegas sudaron lo suyo para que al conjunto de nuestra prensa se le impusiera la pena de 60 meses de prisión. ¿Ha oído usted acaso que al menos uno de los pecadores hubiese huido por miedo al castigo? ¿Es que cree usted que esa enormidad de castigos hará que ni un solo socialdemócrata vacile o dude en el cumplimiento de su deber? *¡Ah, no; nuestra obra se burla de todas las sutilezas de sus artículos penales, se afirma y crece a pesar de todos los fiscales!*

Para acabar todavía unas palabras sobre el *incalificable ataque*, destinado a volverse contra sus autores.

El Fiscal ha dicho literalmente (me lo he anotado) que solicitaba mi inmediato encarcelamiento porque "sería incomprensible que la acusada no huyese". Esto quiere decir, con otras palabras: "Si yo, Fiscal, tuviese que cumplir un año de cárcel, huiría". *Señor Fiscal: le creo, usted huiría. Pero un socialdemócrata no huye. Responde de sus actos y se ríe de sus castigos.*

*¡Y ahora me pueden condenar!*



## **LOS OBJETIVOS DE SPARTAKUS (PROGRAMA DE LA LIGA SPARTAKUS)**

Berlín 1918

### **I**

El 9 de noviembre los obreros y soldados han destruido al antiguo régimen de Alemania. En los campos de batalla de Francia se habían desvanecido las sanguinarias ilusiones de la dominación mundial del sable prusiano. Las criminales bandas que propiciaron el incendio universal y sumergido a Alemania en un mar de sangre han tenido el final que merecían. Y el pueblo, engañado durante cuatro años, que al servicio de Moloch había olvidado su obligación cultural, su sentido del honor y el más mínimo residuo humanitario, ha despertado después de cuatro años de su pétreo letargo, y se ha encontrado al borde del abismo.

El 9 de noviembre el proletariado alemán se ha sublevado y se ha sacudido tan infame yugo. Los Hohenzollern han sido derribados y en su lugar han sido elegidos Consejos de obreros y soldados.

Sin embargo, los Hohenzollern nunca fueron más que brazos ejecutores de la burguesía imperialista y de la aristocracia latifundista. La burguesía y su hegemonía de clase: he aquí el verdadero culpable de la guerra mundial, tanto en Alemania como en Francia, en Rusia como en Gran Bretaña, en Europa como en América. Los capitalistas de todos los países: ellos son los auténticos instigadores de la matanza de los pueblos. El capital internacional: he aquí al monstruo insaciable que ha engullido millones de vidas humanas con su boca rezumando sangre.

La guerra mundial ha colocado a la sociedad frente a una alternativa: la continuación del capitalismo, con nuevas guerras y un próximo holocausto en el caos y la anarquía o bien la liquidación de la explotación capitalista.

El término de la guerra mundial es el testimonio definitivo que debe privar a la burguesía de sus derechos de existencia. La burguesía ya no es capaz de sacar a la sociedad del terrible desastre económico que ha dejado la orgía imperialista.

Infinidad de medios de producción han sido destruidos, millones de obreros, los mejores y más laboriosos hombres de la clase obrera, han sido sacrificados. A los que han quedado con vida,

les aguarda al regreso el desempleo. El hambre y las enfermedades amenazan con destruir de raíz las fuerzas del pueblo. La bancarrota financiera del Estado se anuncia como resultado inevitable de las deudas de guerra.

Para salir de ese desorden sangriento y escapar al abismo, no hay otro recurso, no queda otra vía, otra salvación, que el socialismo. Solamente la revolución mundial del proletariado puede introducir la armonía en ese caos, puede asegurar pan y trabajo para todos, puede poner punto final a la matanza entre los pueblos y aportar a la humanidad agotada lo único que ansía después de tanta destrucción: la Paz, la Libertad, una verdadera civilización. ¡Abajo la explotación! He aquí la consigna del momento. El trabajo asalariado y la hegemonía de clase deben sustituirse por el trabajo cooperativista. Los instrumentos de trabajo deben de dejar de ser monopolio de una clase, deben ser convertidos en bien común. ¡Basta de explotadores y de explotados! Regulación de la producción y distribución de los productos en interés de la comunidad. Abolición no sólo de las formas de producción actuales, basadas en la explotación y el robo, sino también del actual comercio, que no es más que fraude.

En lugar de los patronos y sus esclavos asalariados, es necesario implantar la libre cooperación entre compañeros de trabajo. El trabajo ya no será más una tortura cuando sea un deber para todo el mundo. Una existencia humana digna para todo aquel que cumpla para con la sociedad. Que el hambre deje de ser a partir de hoy la gran maldición del trabajo, para ser el castigo de los parásitos.

Sólo en una sociedad así serán erradicados el odio entre los pueblos y el vasallaje. Solamente a través del advenimiento de esta sociedad la tierra dejara de ser violada por el asesinato de hombres. Solamente entonces podremos decir: esta guerra es la última de las guerras.

En esta hora el socialismo es la única esperanza de salvación de la humanidad. Por encima de las murallas del mundo capitalista que se desmoronan, brillan con fulgor de fuego las palabras del *Manifiesto Comunista*: "*Socialismo o barbarie*"

## II

La realización del orden social socialista es la tarea más gigantesca que jamás le haya correspondido a una clase y a una revolución en toda la historia de la humanidad. Tal tarea implica una total transformación del Estado, una subversión general de todas las bases económicas y sociales del mundo actual.

Esa transformación y esa subversión, no pueden ser decretadas por una autoridad cualquiera, un comité o un parlamento. La iniciativa y su materialización solamente pueden partir y ser realizadas por las masas populares.

En todas las revoluciones precedentes fue una pequeña minoría del pueblo la que tome la dirección de la lucha revolucionaria, la que le confirió una orientación y se sirvió de las masas como instrumento para conducir a la victoria los intereses de la minoría. La revolución socialista es la primera que puede alcanzar la victoria de los intereses de una gran mayoría del pueblo, a través de la acción de la gran mayoría que son los trabajadores.

La masa proletaria está llamada no solamente a marcar con nítidos conocimientos unos objetivos y orientaciones a la Revolución. Debe también, por sí misma, por su propia actividad, poner en marcha el socialismo, darle vida.

La esencia de la sociedad socialista consiste en que la gran masa de los trabajadores cesa de ser una masa dirigida, para convertirse en una masa que vive ya por sí misma la vida en toda su plenitud política y económica, y la encausa por autodeterminación.

Desde las instancias superiores del Estado hasta el último rincón municipal, la masa proletaria debe liquidar los tradicionales órganos de dominación producto de la hegemonía burguesa: consejos de Estado, parlamentos, concejos municipales, para sustituirlos por sus propios órganos de clase, los Consejos de obreros y soldados, con los que deberá ocupar todos los cargos, asumir todas las funciones, calibrar todas las necesidades sociales y adaptar sus

intereses de clase a las tareas socialistas. Solamente una recíproca influencia, permanentemente viva, entre las masas populares y sus órganos, los Consejos de obreros y soldados, puede asegurar la evolución de la sociedad en un espíritu *socialista*.

Igualmente, la transformación económica no puede materializarse si no es a través de un proceso basado en la acción de las masas proletarias. Los decretos escuetos emanados de instancias revolucionarias superiores son en sí mismos fórmulas vacías. Solamente la masa obrera podrá clarificarse los objetivos y las palabras. En lucha encarnizada contra el capital, cuerpo a cuerpo, fábrica por fábrica, en la presión directa de las masas, mediante la huelga, mediante la construcción de sus órganos permanentes, los obreros pueden adueñarse del control de la producción y, finalmente, hacerse con la dirección efectiva.

Las masas proletarias deben aprender a superar su estadio de simples máquinas muertas que el capitalista aplica al proceso de producción, y convertirse en dirigentes pensantes, libres, protagonistas de esa misma producción social. Deben adquirir el sentimiento de su responsabilidad como miembros de la colectividad, única depositaria de toda la riqueza social. Deben de mostrar su celo cuando el látigo patronal haya desaparecido y sostener una productividad que no requiera la vigilancia capitalista. Disciplina sin control y orden sin dominación. El más elevado idealismo en interés de la colectividad y el espíritu de iniciativa de un auténtico civismo son para la sociedad socialista una base moral indispensable, como la estupidez, el egoísmo y la corrupción lo son para el capitalismo.

Todas estas virtudes cívicas del socialismo, al igual que los conocimientos y las capacidades necesarias para conducir las empresas socialistas, solamente pueden ser adquiridas por las masas obreras a través de su propia actividad, de su propia experiencia.

La socialización de la sociedad no puede ser alcanzada por otra vía que no sea la lucha infatigable de las masas obreras en toda su profundidad y en todos los lugares en donde el trabajo se enfrenta al capital, el pueblo a la dominación de clase de la burguesía. La liberación de la clase obrera debe ser obra de la propia clase obrera.

### III

En las revoluciones burguesas, la sangre derramada, el terror y la muerte política fueron el arma indispensable utilizada por las clases hegemónicas.

La revolución proletaria no precisa de terror alguno para alcanzar sus objetivos. Odia y aborrece el asesinato. No tiene necesidad de este medio de lucha, porque no combate a individuos, sino a instituciones, porque no sale a escena con ingenuas ilusiones, cuyas decepciones hubiera de vengar sanguinariamente. No es la tentativa desesperada de una minoría que busca modelar el mundo a su imagen y semejanza por medios violentos, sino la acción de amplias masas de millones de individuos llamados a realizar la misión histórica y a transformar las necesidades históricas en realidades.

Sin embargo, la revolución proletaria es al mismo tiempo el velo fúnebre de todo vasallaje, de toda opresión. Por ello todos los capitalistas, latifundistas, pequeñoburgueses, oficiales y todos los aprovechados y los parásitos de la explotación y de la dominación de clase se alzan como un solo hombre en esta lucha por la vida o la muerte en contra de la revolución proletaria.

Es una ilusión creer que los capitalistas se avendrán plácidamente a acatar los veredictos socialistas de un parlamento, de una asamblea nacional. Es ilusorio creer que renunciarán a sus bienes, a sus beneficios, a sus privilegios derivados de la explotación. Todas las clases dominantes siempre han defendido encarnizadamente sus privilegios hasta el último aliento. Tanto los patricios romanos como los barones feudales de la Edad Media, los caballeros ingleses como los mercaderes de esclavos americanos, los boyardos de Valaquia como los fabricantes textiles de Lyon, todos ellos han sido los responsables de matanzas, todos ellos han vertido ríos de sangre, han dejado rastros de cadáveres, cenizas y ruinas, han recurrido a la guerra civil y a la alta traición con el único objeto de mantener sus privilegios y sus poderes.

La clase de los capitalistas imperialistas, último eslabón de las castas explotadoras, ha superado en brutalidad, en cinismo y en maldad a todos sus predecesores. Para defender el *sancta sanctorum* de su existencia, sus beneficios y privilegios de la explotación, esa clase empleará los dientes y las uñas, utilizará al máximo cada uno de los métodos friamente implacables que han aparecido cotidianamente en la historia política colonial y en la última guerra mundial. Esa clase desencadenará el cielo y el infierno contra la revolución proletaria. Movilizará al campesinado contra las ciudades, excitará a los sectores más atrasados e ignorantes del proletariado contra su propia vanguardia. Hará de sus oficiales organizadores de masacres, paralizará cada decisión socialista mediante las mil y una tretas de la resistencia pasiva. Lanzará a la garganta de la revolución bandas de delincuentes. Recurrirá incluso al enemigo exterior, al sable asesino de los Clemenceau, Lloyd George y Wilson, para salvar su dominio interior. Transformará el país en un caos de ruinas humeantes, antes de renunciar a suprimir de buen grado la esclavitud del asalariado.

Todas esas resistencias deberán ser quebradas paso a paso, una por una, con un puño férreo, con una energía infatigable. Es necesario oponer a la violencia de la contrarrevolución burguesa la violencia revolucionaria del proletariado. Frente a las emboscadas, las trampas y las triquiñuelas de la burguesía, hay que oponer la claridad de objetivos, la vigilancia y la iniciativa permanente de las masas proletarias. Frente al peligro amenazador de la contrarrevolución, el armamento del pueblo y el desarme de las clases poseedoras. Frente a las maniobras burguesas de obstrucción parlamentaria, la intensa organización de las masas de obreros y soldados. Frente a la omnipresencia y la potencia de los medios del poder de la sociedad burguesa, la potencia elevada a su más alto grado de concentración, de cohesión e intensidad de toda la clase trabajadora. Oponer el frente de todo el proletariado alemán: meridional y septentrional, urbano y campesino, obrero y militar, el contacto vivo y activo de la revolución alemana con la Internacional: la ampliación de la revolución alemana para convertirla en revolución mundial del proletariado, éste será el fundamento indispensable para asegurar la edificación del futuro.

La lucha por el socialismo es la más violenta de las guerras civiles que la historia haya presenciado jamás, y la revolución proletaria debe tomar todas las disposiciones necesarias en vistas de esa guerra. Debe aprender a utilizarlas, a combatir y a vencer.

Este equipamiento de las masas compactas del pueblo trabajador con todo el poder político para la revolución, no es otra cosa que la Dictadura del Proletariado y, por consiguiente, la verdadera democracia. No es allí donde los esclavos asalariados y los capitalistas, los campesinos pobres y los latifundistas se sientan juntos, en pie de igualdad, para debatir sus "intereses comunes" a la manera parlamentaria, sino allí donde las masas proletarias, los millones de proletarios toman en sus manos endurecidas por el trabajo el martillo del poder, como Júpiter el suyo, golpeando con él en la nuca de la clase dominante, donde podrá realizarse la verdadera democracia, aquella que no es un engaño al pueblo.

Para posibilitar al proletariado el cumplimiento de las citadas tareas, la Liga Spartakus exige:

A) *Medidas inmediatas para la protección de la Revolución.*

- 1) Desarme de la policía, de los oficiales y de los soldados no-proletarios. Desarme de todos los miembros pertenecientes a la clase dominante.
- 2) Incautación de todos los depósitos de armamento y munición, así como de las fábricas de armamento, por los Consejos de obreros y soldados.
- 3) Distribución de armamento a toda la población proletaria masculina y adulta, organizada como milicia obrera. Formación de una Guardia Roja formada por proletarios, como sector activo de la milicia encargada de la defensa permanente de la revolución contra los golpes de fuerza de la reacción y los traidores.
- 4) Supresión del mando de jefes, oficiales y suboficiales. Sustitución de la obediencia ciega por la disciplina voluntaria de los soldados. Elegibilidad de todos los superiores por la tropa, que podrá revocarlos en todo momento. Supresión de la justicia militar.
- 5) Exclusión de oficiales e individuos abandonistas de todos los Consejos de soldados.
- 6) Supresión de todos los órganos políticos y administrativos del antiguo régimen, que serán sustituidos por hombres de confianza de los Consejos de obreros y soldados.

7) Creación de un tribunal revolucionario que, en última instancia, juzgará a los principales responsables de la guerra y de su prolongación: los dos Hohenzollern, Ludendorff, Hindenburg, Tirpitz y sus cómplices, al igual que a todos los conspiradores y contrarrevolucionarios.

8) Requisamiento inmediato de todos los alimentos para asegurar la alimentación del pueblo.

**B) *Primeras medidas políticas y sociales***

1) Liquidación de los Estados autónomos dentro del Reich. Establecimiento de la República socialista unitaria de Alemania.

2) Supresión de todos los parlamentos y concejos municipales, cuyas funciones serán asumidas por los Consejos de obreros y soldados y por los comités y órganos que éstos deleguen.

3) Elecciones de Consejos de obreros en toda Alemania por parte de toda la población obrera de ambos sexos, en la ciudad y en el campo, sobre la base de la empresa. Asimismo, elecciones para los Consejos de soldados por parte de la tropa, excluyendo a los oficiales y los abandonistas. Derecho de los obreros y soldados a revocar en cualquier momento a sus representantes.

4) Elección de delegados de los Consejos de obreros y soldados de toda Alemania para el Consejo central de los Consejos, en cuyo seno será elegido un Consejo ejecutivo como instancia suprema del poder legislativo y ejecutivo.

5) Reunión del Consejo central de los Consejos al menos cada tres meses (previa reelección de todos los delegados) con el fin de mantener un constante control de la actividad del Consejo Ejecutivo y establecer una viva relación entre la masa de los consejos locales de obreros y soldados y el máximo organismo representativo del país. Derecho de los Consejos locales de obreros y soldados a revocar y reemplazar en cualquier momento a sus representantes en el Consejo central, en caso de que éstos no se ajustasen al sentido de sus mandatos. Derecho del Ejecutivo a nombrar y revocar a los comisarios del pueblo y a todas las autoridades y los funcionarios de la administración central.

6) Abolición de todos los privilegios de clase, órdenes y títulos. Igualdad completa de los sexos ante la ley y ante la sociedad.

7) Introducción de leyes sociales decisivas. Reducción de la jornada laboral con el fin de solucionar el problema del desempleo, teniendo en cuenta la disminución de las condiciones físicas de los obreros a causa de la guerra mundial. Jornada laboral máxima de seis horas.

8) Transformación inmediata de las condiciones de alimentación, vivienda, higiene y educación en el sentido y el espíritu de la revolución proletaria.

**C) *Reivindicaciones económicas inmediatas***

1) Confiscación de todas las fortunas e ingresos dinásticos en beneficio de la colectividad.

2) Anulación de todas las deudas del Estado y cualquier otro tipo de deuda pública, así como de todos los empréstitos de guerra, a excepción de las suscripciones inferiores a cierto nivel, el cual será establecido por el Consejo central de los Consejos de obreros y soldados.

3) Expropiación de las tierras de todas las empresas agrarias, grandes y medianas. Formación de cooperativas agrícolas socialistas bajo una dirección unificada y centralizada en todo el país. Las pequeñas empresas agrícolas permanecerán en manos de sus propietarios hasta que éstos decidan ingresar voluntariamente en las cooperativas socialistas.

4) Nacionalización de todos los bancos, minas, y de todas las grandes empresas industriales y comerciales por la República de los Consejos.

5) Expropiación de todas las fortunas a partir de determinado nivel, que será fijado por el Consejo central.

6) La República de los Consejos se hará cargo de todos los transportes públicos.

7) Elección, en cada fábrica, de un consejo que deberá gestionar los asuntos internos de acuerdo con los Consejos de obreros, es decir, deberá establecer las condiciones de trabajo, controlar la producción y, finalmente, sustituir a la dirección de la empresa.

8) Formación de una Comisión Central de Huelgas, que en constante contacto con los delegados de los Consejos de fábricas, conferirá al movimiento huelguístico de todo el país la necesaria coordinación, una dirección socialista y un enérgico apoyo por parte del poder político de los Consejos de obreros y soldados.

D) *Objetivos internacionales*

Establecimiento inmediato de relaciones con los partidos hermanos del extranjero para establecer la revolución socialista sobre una base internacional y para imponer y mantener la paz por la fraternización internacional y el levantamiento revolucionario del proletariado mundial.

E) *Objetivos de la Liga Spartakus.*

Porque Spartakus es el velador, el impulsor, la conciencia socialista de la Revolución, es el objeto del odio, de las persecuciones y de las calumnias de todos los enemigos declarados o secretos de la revolución y del proletariado.

¡Crucificadla!, gritan los capitalistas que tiemblan por sus cajas de caudales.

¡Crucificadla!, gritan los pequeñoburgueses, los oficiales, los antisemitas, los lacayos de la prensa burguesa, que tiemblan por la fuente de ingresos de la dominación burguesa.

¡Crucificadla!, claman los Scheidemann, que al igual que Judas han vendido los obreros a la burguesía y que temen por las treinta monedas de plata que han recibido por sus servicios.

¡Crucificadla!, suena todavía el eco de sectores ignorantes y engañados de obreros y soldados, que no comprenden que, en realidad, al revolverse contra la Liga Spartakus, están dirigiendo su furor contra su propio cuerpo y su propia sangre.

En el odio y en la calumnia contra la Liga Spartakus se dan cita todo contrarrevolucionario, todo individuo hostil al pueblo, todo enemigo del socialismo, todo aquél que tiene una doble cara, todo ignorante que no consigue descubrir la verdad. Ello demuestra que Spartakus es el corazón de la revolución y que el futuro le pertenece.

La Liga Spartakus no es un partido que pretenda el poder por encima o a través de las masas.

La Liga Spartakus únicamente pretende ser en cualquier circunstancia el sector más consciente de un objetivo común. El sector que a cada paso del camino recorrido por la gran masa obrera llama por el presente consciente de las tareas históricas. El sector que en cada estadio particular de la revolución recuerda los objetivos finales y que en cada cuestión local o nacional recuerda los intereses de la revolución mundial de los proletarios.

La Liga Spartakus rechaza compartir el poder gubernamental con hombres de paja de la burguesía, los Ebert-Scheidemann. Con ese tipo de colaboración traicionan los principios del socialismo y refuerzan la contrarrevolución, paralizando la revolución.

Asimismo, la Liga Spartakus rechazaría acceder al poder porque los Ebert-Scheidemann hayan cubierto su ciclo, y porque los Independientes, por su política colaboracionista, se encuentren en un callejón sin salida.

Si la Liga Spartakus llegara a ocupar el poder sería bajo la forma de voluntad clara e indudable de la gran mayoría de las masas proletarias de toda Alemania, como expresión de la consciente adhesión de esas masas a las perspectivas, objetivos y métodos de lucha propagados por la Liga Spartakus.

La revolución proletaria no puede abrirse camino hacia la total claridad y la plena madurez más que de modo gradual, paso a paso, a lo largo de un amplio y largo camino de sufrimientos, plagado de victorias y de derrotas. La victoria de Spartakus no se sitúa al principio de ese camino, sino al final de la revolución. Ella se identifica con la victoria definitiva de las masas,

objetivo que ocupa ya a millones de mentes que acaban de comenzar a caminar por la vía del socialismo.

¡En pie, proletario! ¡A la lucha! Hay todo un mundo por conquistar y un mundo entero a combatir. En esta batalla de clases de la historia mundial por los más elevados objetivos de la humanidad no existe la posibilidad de diálogo con el enemigo. El único lenguaje que entiende ese enemigo es el de los pulgares en los ojos y las rodillas sobre el pecho.

## (Notas sobre la guerra, la cuestión nacional y la revolución)

1918

Mientras el odio de clase contra el proletariado y su revolución social que amenaza con inminencia se ha convertido en la norma orientadora absoluta para todo el hacer o dejar de hacer de las clases burguesas, para su programa de paz y su política futura, ¿qué hace el proletariado internacional? ¡Completamente ciego ante las lecciones de la revolución rusa, olvidando el abc del socialismo, persigue el mismo programa de paz que la burguesía! ¡lo adopta como su propio programa! ¡Viva Wilson y la Sociedad de Naciones! ¡Viva la autodeterminación nacional y el desarme! Ésta es ahora la bandera bajo la que de repente se agrupan los socialistas de todos los países, junto con los gobiernos imperialistas de la Entente, con los partidos más reaccionarios, los arribistas socialistas-gubernamentales, los socialistas de pantano opositoristas “fieles a los principios”, los pacifistas burgueses, los utópicos pequeño-burgueses, los Estados nacionalistas de reciente constitución, los imperialistas alemanes en bancarrota, el Papa, los verdugos finlandeses del proletariado revolucionario, los sicarios ucranianos pagados por el militarismo alemán.

En Polonia, los Daszynskis, en estrecha unión con los nobles de Galitzia y con la gran burguesía de Varsovia; en la Austria alemana, los Adler, Renner, Otto Bauer y Julius Arm, mano a mano con los social-cristianos, los agrarios y los nacionales-alemanes, en Bohemia, los Soukup y Nemeč formando en cerrada falange con todos los partidos burgueses: ¡qué conmovedora conciliación general de las clases! Y por encima de toda esta embriaguez nacional, la bandera internacional de la paz. En todas partes, los socialistas les sacan las castañas del fuego a la burguesía, ayudan con su crédito y su ideología a salvar y cubrir la bancarrota moral de la sociedad burguesa, ayudan a renovar y a consolidar el dominio de clase de la burguesía.

Y la primera consagración práctica de esta untosa política es el aplastamiento de la revolución rusa y la desmembración (?) de Rusia.

Es la misma política que el 4 de agosto de 1914 sólo que, ante el espejo cóncavo de la paz, puesta cabeza abajo. La capitulación en la lucha de clases y la alianza con las burguesías nacionales respectivas con vistas a una matanza recíproca en la guerra se convierten en un acuerdo internacional a escala mundial por una “paz mediante el entendimiento”. Todo acaba en lo más vulgar, en lo más banal, en un cuento de niñera, en una historia rosa de cine: de pronto, el capital ha desaparecido, los antagonismos de clase se han esfumado. Desarme, paz, democracia, armonía de las naciones. La fuerza se inclina ante el derecho, el débil no es pisoteado. En lugar de cañones, Krupp producirá... lucecitas para Navidad; la ciudad americana Gari (?) se va a transformar en un jardín de infancia Fröbel. Arca de Noé donde el



cordero pasta tranquilamente al lado del lobo, donde el tigre ronronea con los ojos entreabiertos como una gran gata doméstica, mientras que el antílope le rasca con el cuerno detrás de la oreja y el león y la cabra juegan a la gallina ciega. Y todo esto gracias a la fórmula mágica de Wilson, el presidente de los multimillonarios americanos; todo esto con la ayuda de Clemenceau, Lloyd George y el príncipe Max van Baden ¡Desarme después de que Inglaterra y América se han convertido en dos nuevos militarismos! Suministra el Japón. Después de que la técnica se haya perfeccionado infinitamente. ¡Después de que el capital financiero y armamentista se haya metido en el bolsillo a todos los Estados a causa de la deuda pública! Después de que las colonias... sigan siendo colonias. La idea de la lucha de clases capitula ante la idea nacional. Parece como si la armonía de las clases en cada nación sea la premisa y el complemento de la armonía entre las naciones que ha de salir de la guerra con la "Sociedad de Naciones". Por el momento pinta nacionalismo. Por todas partes naciones y nacioncitas proclaman sus derechos a la constitución de un Estado. Cadáveres putrefactos surgen de tumbas centenarias, llenos de una nueva vida, y pueblos "sin historia" que nunca habían constituido un Estado independiente sienten la imperiosa necesidad de erigir su Estado. Polacos, ucranianos, rusos blancos, checos, yugoslavos, diez nuevas naciones en el Cáucaso... los sionistas construyen ya su ghetto de Palestina, de momento en Filadelfia..., en el Blockberg nacionalista es hoy la noche de los Walpurgis.

Lleva una escoba, lleva un bastón  
Nunca volará quien hoy no voló.

Pero el nacionalismo sólo es una fórmula. El núcleo, el contenido histórico que se esconde detrás de ella es tan variado y ramificado como vacía y estrecha es la fórmula de la "autodeterminación nacional" detrás de la que se oculta.

Como en todo gran período revolucionario es ahora cuando se pasan las más diversas facturas, viejas y nuevas, cuando se ajustan cuentas de todos los conflictos: en una mezcla polícroma de restos anticuados del pasado con las más actuales cuestiones del presente y con problemas del futuro que apenas han visto la luz. El hundimiento de Austria y de Turquía es la última liquidación todavía, del medioevo feudal, una adición al trabajo de Napoleón. En relación, sin embargo, con el hundimiento y con la reducción de Alemania, es la bancarrota del imperialismo más joven y más potente y de sus planes de dominación mundial forjados durante la guerra. Al mismo tiempo representa sólo la bancarrota de un método especial de dominación imperialista: el método de la reacción del este del Elba y de la dictadura militar, del estado de sitio y de los métodos de exterminio; es el hundimiento de la estrategia Trotha, transferencia de los heredos del desierto de Kalahari a Europa. El hundimiento de Rusia, desde un punto de vista exterior y formal, fijándonos en sus resultados, la formación de nuevos estados nacionales pequeños, y análogamente los hundimientos de Austria y de Turquía, entrañan un problema opuesto: por una parte, capitulación de la política proletaria a escala nacional ante el imperialismo, por otra, contrarrevolución capitalista frente a la toma del poder por el proletariado.

Un K(autsky), en su esquematismo pedante, de maestro de escuela, ve en esto el triunfo de la "democracia", de la cual el Estado nacional no sería sino simple accesorio y forma de manifestarse. El vacío formalista pequeño-burgués se olvida, naturalmente, de mirar en el núcleo histórico interno, se olvida, en tanto que experimentado guardián del templo del materialismo histórico, de que "Estado nacional" y "nacionalismo" son en sí cáscaras vacías en las que cada época histórica y las relaciones de clase de cada país vierten su contenido material peculiar. En los años setenta, los "Estados nacionales" alemán e italiano eran la consigna y el programa del Estado burgués, del dominio de clase de la burguesía, cuya lucha apuntaba contra el pasado feudal-medieval, el Estado patriarcal-burocrático y el fraccionamiento de la vida económica. En Polonia, el "Estado nacional" era la consigna tradicional de la oposición aristocrático-agraria y pequeñoburguesa enfrentada al moderno desarrollo capitalista, una consigna que apuntaba precisamente a los fenómenos modernos de la vida: tanto contra el liberalismo burgués como contra su antípoda, el movimiento obrero socialista. En el Balcán, en Bulgaria, Serbia y Rumania, el nacionalismo, cuya tremenda erupción marcó las dos sangrientas guerras balcánicas como preludios de la guerra mundial, era por una parte la expresión del desarrollo capitalista ascendente y del dominio de clase burgués en todos esos países, expresión de los intereses contradictorios, tanto de esas

burguesías entre sí, como de los que estaban en juego en el choque de sus tendencias de desarrollo contra el imperialismo austríaco. Pero al mismo tiempo, el nacionalismo en esos estados, aun cuando en su esencia no sea sino expresión de un capitalismo muy joven, todavía en germen, estaba y sigue estando envuelto en toda la atmósfera general de las tendencias imperialistas. En Italia el nacionalismo ya no es, por sus cuatro costados, más que estandarte, con exclusividad, de apetitos puramente imperialistas-coloniales. Este nacionalismo de la guerra de Trípoli y de las apetencias albanesas se parece tan poco al nacionalismo italiano de los años cincuenta y sesenta como el Sr. Sonnino a Giuseppe Garibaldi.

En la Ucrania rusa el nacionalismo no fue hasta la revolución de octubre de 1917 en Petersburgo nada, una insignificancia, una pompa de jabón, una humorada de unas cuantas docenas de profesores y abogados que, por lo demás, en su mayoría ni sabían hablar ucraniano. Después de la revolución bolchevique, se ha convertido en la expresión de un interés muy real de la contrarrevolución pequeño-burguesa, que apunta contra la clase obrera socialista. En India el nacionalismo es la expresión de la burguesía indígena ascendente que aspira a explotar autónomamente el país por su cuenta en vez de servir sólo de objeto de la explotación del capital inglés. Este nacionalismo, por consiguiente, corresponde por su contenido social y por el nivel histórico en que se halla a las luchas de emancipación de los Estados Unidos de América a comienzos del siglo XVIII.

Vemos, pues, que el nacionalismo refleja todo tipo de intereses, matices y situaciones históricas imaginables: no es sino la cáscara ideológica; todo depende de cuál sea el núcleo determinante.

La momentánea explosión mundial general del nacionalismo esconde pues en su interior la más polícroma confusión de intereses especiales y tendencias diversas. Pero a través de todos estos intereses especiales corre marcando la orientación el hilo rojo de un interés general engendrado por la peculiar situación histórica que atravesamos: el interés común enfrentado a la amenazante revolución mundial proletaria.

Al tener como resultado el dominio de los bolcheviques, la revolución rusa ha puesto el problema de la revolución social en el orden del día de la historia. Ha agudizado al máximo y universalmente el conflicto de clases entre el capital y el trabajo. De pronto ha abierto entre las dos clases un profundo abismo del que surgen vapores volcánicos y llamas de fuego. De la misma manera que en su época el levantamiento de junio del proletariado de París y la masacre de junio dividieron en la práctica por vez primera a la sociedad burguesa en dos clases contrapuestas entre las que no podía haber sino una sola ley, la lucha a vida o muerte, así también el poder bolchevique en Rusia ha situado prácticamente a la sociedad burguesa cara a cara con esa lucha final a vida o muerte. Ha destrozado y eliminado el mito de una clase obrera domesticada con la que es posible arreglarse pacíficamente, por las buenas; de un socialismo que no hace sino fanfarronear con discursos teóricos inofensivos, pero que en la práctica sigue fielmente el principio de "vive y deja vivir". Un mito alimentado por la praxis de los últimos treinta años de la Socialdemocracia alemana y, tras sus huellas, de toda la Internacional. De un violento puñetazo la revolución rusa ha destruido, de pronto, un *modus vivendi* entre capitalismo y socialismo alimentado por el último medio siglo de parlamentarismo. A causa de ella el socialismo ha pasado de inocua fraseología de agitación electoral proyectada a un futuro nebuloso, a convertirse en un problema vitalmente serio concerniente al aquí y al ahora. Ha abierto brutalmente la vieja y terrible herida de la sociedad burguesa cicatrizada después de las jornadas parisienses de junio de 1848.

Pero todo esto, de momento, sólo en la consciencia de las clases dominantes. Al igual que las jornadas de junio llevaron momentáneamente, con la violencia de una descarga eléctrica, a la consciencia de la burguesía de todos los países las certezas del carácter irreconciliable de su enfrentamiento con la clase obrera, inundando su corazón de un odio mortal contra el proletariado, mientras que los trabajadores de todos los países necesitaron incluso decenios para apropiarse de las enseñanzas de las jornadas de junio, la consciencia del antagonismo de clase, el mismo fenómeno está dándose en la actualidad: la revolución rusa ha despertado en todas las clases poseedoras de todos los países del mundo un pánico y un odio feroces, fulminantes, temblorosos ante el espectro amenazante de la dictadura política que no se puede comparar más que con los sentimientos que experimentó la burguesía parisiense durante la

masacre de junio y el aplastamiento de la Comuna. El “bolchevismo” se ha convertido en la palabra-clave del socialismo revolucionario práctico, en la palabra-clave de las aspiraciones de la clase obrera a la conquista del poder. El mérito histórico del bolchevismo estriba en ese ensanchamiento del abismo social de la sociedad burguesa, en esa profundización y agudización del antagonismo de clase y ante este logro (como ocurre siempre en todos los grandes acontecimientos históricos) desaparecen por insignificantes todas las faltas y errores particulares del bolchevismo.

Estos sentimientos son hoy la esencia última de los delirios nacionalistas en los que aparentemente se ha sumido el mundo capitalista; son el contenido histórico objetivo al que se reduce en realidad el muestrario multicolor de los sedicentes nacionalismos. En todas las pequeñas jóvenes burguesías que aspiran ahora a una existencia independiente alienta no sólo el deseo de alcanzar un dominio de clase sin trabas ni tutelas sino también el de hacerse con la delicia, de la que durante tanto tiempo se han visto privadas, de estrangular con sus propias manos al enemigo mortal, el proletariado revolucionario, función ésta que hasta ahora habían tenido que confiar al tosco aparato estatal de la dominación extranjera. El odio, como el amor, sólo de mala gana se pone en manos de terceros. Las orgías de sangre de Mannerheim, el Gallifet finlandés, muestran hasta qué punto el odio acumulado en la incandescencia del último año anida en el corazón de todas estas “pequeñas naciones” y cómo todos los polacos, lituanos, rumanos, ucranianos, checos, croatas, etc., no esperan sino la posibilidad de destripar de una vez ellos mismos, con medios “nacionales”, al proletariado revolucionario. En todas estas “jóvenes” naciones que como si fueran blancos e inocentes corderillos retozan en la pradera de la historia mundial, brilla ya la terrible mirada del feroz tigre que espera al primer amago de “bolchevismo” para proceder a un “ajuste de cuentas”. Detrás de todos los idílicos banquetes y de las fervorosas fiestas de confraternización que se celebran en Viena, en Praga, en Agram, en Varsovia, se abren ya las fosas a cielo abierto de Mannerheim que los guardias rojos mismos tuvieron que cavarse, se perfilan como sombras confusas las horcas de Jarkov, a cuya erección los Lubinskys y los Holubovitchs invitaron a los “libertadores” alemanes en Ucrania.

Y la misma idea de base domina todo el programa democrático de paz de Wilson. La “Sociedad de Naciones” en la atmósfera de embriaguez por la victoria que reina en el imperialismo anglo-americano y en la atmósfera que ha creado para terror de la escena mundial el espectro del bolchevismo, sólo puede ser una cosa: una alianza burguesa mundial para la represión del proletariado. La primera víctima todavía humeante que el sumo sacerdote Wilson llevará ante sus augures del Arca de la alianza de la “Sociedad de Naciones” será la Rusia bolchevique sobre la que se lanzarán las “naciones autodeterminadas” todas juntas, vencedoras y vencidas.

Las clases dirigentes dan prueba aquí una vez más de su infalible instinto para todo lo concerniente a sus intereses de clase, de su sensibilidad maravillosa para los peligros que les puedan amenazar. Mientras que externamente el tiempo que hace es el mejor para la burguesía y los proletarios de todos los países se embriagan con las brisas primaverales del nacionalismo y de la sociedad de naciones, la sociedad burguesa siente como crujen todos sus miembros y esto le anuncia un inminente cambio radical en el barómetro histórico. Mientras los socialistas, con estúpido celo, les sacan como “ministros nacionales” las castañas de la paz del fuego de la guerra mundial, la sociedad burguesa ve ya perfilarse a sus espaldas la inminente e inevitable fatalidad que se anuncia: ve cómo se acerca el fantasma gigantesco de la revolución social mundial, que ha penetrado en el escenario por la parte de atrás.

La imposibilidad objetiva de solucionar las tareas ante las que la sociedad burguesa se ve enfrentada es lo que hace inevitable la revolución mundial y lo que eleva al socialismo a necesidad histórica.

Nadie puede predecir cuánto ha de durar este período postrero, qué formas va a adoptar. La historia ha abandonado los senderos trillados, ha dejado de marchar al cómodo trote. Cada nuevo paso y cada nueva curva del camino abren nuevas perspectivas y muestran un nuevo escenario.

Lo importante es aprehender el verdadero problema de este período. Y este problema es: la dictadura del proletariado, la realización del socialismo. Las dificultades de la tarea no residen en la fortaleza del enemigo, en las resistencias de la sociedad burguesa. Su *ultima ratio*, el ejército, se ha tornado por la guerra inservible para reprimir al proletariado, incluso se ha convertido en revolucionario. Su base de existencia material, el mantenimiento de la sociedad, ha salido destrozada de la guerra. Su base de existencia moral, la tradición, la rutina, la autoridad, se han dispersado a los cuatro vientos. Todo el tejido se ha soltado, se ha hecho más fluido y móvil. Las condiciones para la lucha por el poder se han hecho más favorables de lo que nunca en la historia del mundo lo fueron para una clase ascendente. El poder puede caer en el regazo del proletariado como una fruta madura. La dificultad reside en el proletariado mismo, en su inmadurez, más bien en la inmadurez de sus dirigentes, de los partidos socialistas. La clase obrera se resiste a dar el paso, se asusta una y otra vez ante la inmensidad incierta de sus tareas. Pero tiene que hacerlo, tiene que hacerlo. La historia le cierra todas las salidas excepto una: conducir fuera de la noche y del horror a la humanidad tiranizada y llevarla a la luz de la liberación. El fin de la guerra mundial no puede ser otro que... (ilegible) ... y d... (ilegible)... Puede... (ilegible)...